

Viajeros del Oriente y Occidente musulmán

Por: **Ricardo H. S. Elía**

«Hermosas son las cosas que se ven, más hermosas las que se saben y muchísimo más hermosas las que se ignoran»

Nicolás Stenonio (1638-1686)

«Mi alma me movió a abandonarla y a vagar errante, porque el agua es más pura en la nube que en el charco».

Al-A'ma al-Tutilí (m. 1126),
poeta andalusí.

Ibn Fadlan — Al-Mas'udí — Al-Muqaddasí —
Zheng He — Evliya Çelebi —
Rifa'a al-Tahtauí — Ibn Yaqub — Al-Garnatí —
Ibn Yubair — Ibn Battuta

Angelo Arioli (Nettuno, 1947), profesor de Lengua y Literatura Árabe en el Departamento de Estudios Orientales de la Facultad de Letras de la Universidad de Roma, especialista en onomástica y prosopografía islámica, es autor de estas significativas líneas: *«En principio fue la Palabra; inmediatamente después llegaron los mercaderes. Mercaderes viajeros, una de las dos categorías, de las dos tipologías arcaicas, a las que se puede reducir el tropel de narradores, de aquellos que de plausibles experiencias personales extrajeron o proporcionaron, conscientes o no, materia de relato, desde que el mundo es mundo, o lo que es lo mismo, desde que el viaje es viaje, hasta este mundo nuestro donde se viaja frenéticamente, pero ya no se cuenta, ya no se fabula, sobre tierras o acontecimientos lejanos, unos y otros superficialmente cercanos en el cotidiano aplastamiento del espacio/tiempo perpetrado por los medios de comunicación, entendidos en el más amplio sentido. Antaño eran los mercaderes quienes narraban novedades y eventos: “narrar”, “novedades”, “eventos”, tres palabras que la lengua árabe hace derivar de la misma raíz, las dos primeras unidas en la misma palabra, como para sugerir que es el “evento”, lo que es “nuevo”, lo digno de “narración”, o, si se prefiere – por darle vueltas a un juego dialéctico contemporáneo –, que lo que es objeto de “narración” se postula implícitamente como “evento”, “novedad”.*

Nota: Los primeros significados de la raíz *h-d-th* son “ser reciente, nuevo” y “acaecer, suceder, tener lugar”; una de las muchas flexiones de esta raíz, la palabra *hadath*, significa a un tiempo “novedad” y “acontecimiento”. Una flexión sucesiva de la misma raíz, con duplicación de la segunda radical, da vida al verbo *haddatha* que significa narrar”; una flexión ulterior produce los dos homógrafos y homófonos *hadith*, es decir una sola palabra, distinguible sólo en los respectivos y diferenciados plurales,

con el significado de “nuevo” y de “narración”» (Angelo Arioli: **Islario maravilloso. Periplo árabe medieval**, Julio Ollero Editor, Madrid, 1992, p. 215).

VIAJEROS DEL ORIENTE MUSULMÁN

El principio islámico de viajar, al menos una vez en la vida, a las ciudades santas de La Meca y Medina, sumado a la tradición de visitar lugares sagrados como Jerusalem, Nayaf y Karbalá, viajes que se realizaban desde zonas remotas como al-Ándalus o el Turquestán y que podían durar incluso años, entre la ida y la vuelta a su lugar de origen, junto con las necesidades propias de los comerciantes y también de los gobernantes, la geografía adquirió en el Islam una real importancia.

El Islam es, pues, por excelencia, una civilización de movimientos de tránsito, lo que supone lejanas navegaciones y una múltiple circulación caravanera, tendida, ante todo, entre el océano Indico y el Mediterráneo, lanzada generalmente desde el Mar Negro a China y a la India y, por último, eficaz desde el «país de los negros» (*Bilad as-Sudán*) a África del Norte. Este sistema caravanero tenía metas tanto culturales y religiosas como comerciales. El Islam tiene sus mercaderes musulmanes y no musulmanes. Se han conservado por casualidad las cartas de los mercaderes judíos de El Cairo desde la época de la primera cruzada (1095-1099); demuestran que los musulmanes conocían todos los instrumentos de crédito y de pago y todas las formas de asociación comercial (por consiguiente, no será Italia la inventora de ellos como se ha aceptado con demasiada facilidad).

Suleimán at-Tayir (es decir: “el mercader”), llevó hacia el año 840 sus mercancías a la China y la India desde el puerto iraní de Siraf en el Golfo Pérsico. Un autor anónimo de 851 escribió un relato del viaje de Suleimán; este relato es anterior en 425 años a los viajes de Marco Polo (cfr. J. O’Kane: **The Ship of Suleiman**, Londres, 1972).

A fines del siglo IX, Abu Zaid as-Sirafí compila su obra *Silsilat at-Tawari* (“Cadena de las crónicas”), recogiendo excelentes informes sobre la navegación en el océano Indico, la India y China. Igualmente, hacia el año 1000?, otro persa, el Capitán Bozorg, hijo de Shahriyar al-Ramhumurzí (relativo a la ciudad de Ramhumurz, en la provincia iraní de Juzistán), acopia relatos sobre el Lejano Oriente.

Ibn Jurdādhbih

El primer gran geógrafo y viajero musulmán es Abu’l-Kasim Ubaidullah Ibn Abdallah Ibn Jurdādhbih. El nombre persa de su abuelo se puede traducir tanto como Jurdādhbih (“excelente regalo del sol”), o como Jurradadbihi (“creado por el excelente sol”). Originalmente un zoroastriano, Ibn Jurdādhbih se convirtió al Islam por su amistad con uno de los visires barmakíes de la corte abbasí, probablemente Yahya Ibn Jalid. De su padre sólo se sabe que hacia 816 fue el gobernador del Tabaristán durante el califato de al-Mamún (813-833). Parece que él nació en el Jorasán entre los años 820 y 825 y falleció entre 911-912. Creció y se educó en Bagdad y entre sus maestros se cuenta a Ishaq al-Mausilí (m. 949).

Ibn Jurdādhbih es autor de una obra cuyo título se repetirá abundantemente en

este género, a lo largo de varios siglos: *Kitab al-masalik wa al-mamalik* ("Libro de los caminos y los reinos"), aparecido en 846 y nuevamente, revisado, hacia 885 (traducido por M. J. de Goeje, Leiden, 1967). En él se hace abstracción de la parte astronómica o matemática para extenderse en la descripción de los países, señalando cuidadosamente los itinerarios, indicando lo más aproximadamente posible las distancias entre dos puntos, de forma que el caminante pudiera en todo momento conocer la dirección a seguir. También encontramos el curioso relato del viaje del intérprete Sallam a «la muralla de Gog y Magog», denominación con que el autor parece indicar la Gran Muralla china (cfr. F.E. Peters: **Allah's Commonwealth. Ibn Khurdadhbih**, Nueva York, 1973).

Otra importante obra de este tipo es el *Kitab al-Buldán* ("Libro de las comarcas"), publicado hacia 891 (traducido por M.J. de Goeje, Leiden, 1976) por un shií, Abu l-'Abbás Ahmad al-Yaqubí (m. 897), autor también de una gran historia universal (edit. por M.T. Houtsma, *Historiae*, Leiden, 1969).

Abu Zaid Ahmad ben Sahl al-Baljí, muerto en 934, escribió un *Kitab suwar al-aqalim* ("Libro de los visitantes de las regiones"), donde se describen los distintos territorios del mundo islámico. El número de mapas será siempre de veintiuno, a partir de este momento. El primero, responde a la totalidad del mundo habitado, conocido hasta el momento por los geógrafos islámicos. Otros tres nos muestran los tres mares más importantes para los musulmanes: el Mediterráneo, el Caspio y el «cuasi mar» Golfo Pérsico. Los diecisiete restantes representarán las diversas regiones en el que los geógrafos dividían el mundo islámico. La característica común a todos estos mapas es la de ser extraordinariamente esquemáticos, usando figuras geométricas. Por ejemplo: representan las islas como círculos, lo que permitía ser consultados por personas de no gran formación en la materia. como podían ser lo viajeros y peregrinos.

Embajada a Carlomagno

Una de las primeras grandes travesías que tuvo como protagonistas a viajeros musulmanes del Oriente se refiere a aquella embajada enviada por el abbasí Harún ar-Rashíd (766-809) a la coronación del Emperador de Occidente, Carlomagno (742-814), en Aquisgrán (hoy Aachen, Alemania). Esta arribó a destino el 30 de noviembre del año 800 (la ceremonia estaba prevista para la Navidad a cargo del Papa León III), luego de recorrer varios miles de kilómetros desde Bagdad.

Los embajadores del Islam le llevaron al rey de los francos como prueba de buena voluntad, un elefante, animal que no se veía en esas latitudes desde los tiempos del estratega cartaginés Aníbal (247-183 a.C.). El paquidermo desfiló por las calles camino de palacio aclamado por una alborozada multitud. Carlomagno quedó encantado con este obsequio y otros magníficos presentes cedidos por el califa bagdadí, como un juego de ajedrez, camellos, especias y perfumes, un reloj hecho por sus relojeros que tañía una campanada cada hora, y un órgano musical neumático, el primero de su clase que entraba en Europa. Y lo que parece increíble: «las llaves del Santo Sepulcro y el estandarte de Jerusalén». Véase **Travellers and Explorers. An Elephant for Charlemagne**, Iqra Trust, Londres, 1992, pp. 8-11; Sigrid Hunke: **Kamele**

auf dem Kaisermantel – deutsche-arabische Begegnungen seit Karl dem Grossen, Stuttgart, 1976; Francis William Buckler: **Harun al-Rashid and Charles the Great**, Ams Press, Nueva York, 1978.

Ibn Rustah

Abu Alí Ahmad Ibn Umar, conocido como Ibn Rustah o Rustih (m. c.913), fue un sabio de origen persa del que se sabe muy poco de su vida, salvo que nació en Isfahān y viajó por el Hiyaz hacia 903. Es el autor de una monumental enciclopedia escrita entre 903-913 y llamada «El Libro de los atavíos preciosos» (*Kitab al-a'laq an-nafisa*), de la que sobrevivió un solo volumen. Ésta sorprende por sus datos sobre geografía y cosmografía: «*En la parte norte del océano hay doce islas llamadas las Islas de Baratiniya (Islas Británicas). Después de este punto, se acaba la tierra habitada y nadie sabe lo que hay más allá*» (cfr. Ibn Rusteh: **Kitab al-a'laq al-nafisa**, ed. M.J. de Goeje, Leiden, 1892, p. 85; G. Wiet: **Les Atours Precieux**, El Cairo, 1958, p. 94).

Ibn Fadlan

El 21 de junio del 921 (Safar 309), un grupo de viajeros partió desde Bagdad. Esta nueva embajada era encabezada por Nadir al-Haramí que portaba mensajes amistosos del abbasí al-Muqtadir (califa entre 908-932) para ser entregados al rey de la Rusia vikinga, Igor (877-945), hijo de Rurik (m. 879), fundador de la dinastía homónima. La embajada llegó a destino en mayo de 922 (Muharram 310). En realidad se trataba de una delicada misión diplomática destinada a lograr una alianza contra un enemigo común: Bizancio. Igor lideraría una fracasada expedición contra Constantinopla en 941-944 que contó con el apoyo del califa al-Mutaqqí (cfr. Frank R. Donovan: **Los Vikingos**, Editorial Timun Mas, Barcelona, 1965, pp. 62-77).

Entre los viajeros se contaba un sagaz y observador secretario, Ahmad Ibn Abbás Ibn Fadlan quien recorrería enormes extensiones de Escandinavia, Rusia central, el mar Negro y el Caspio. Al retornar llevó a la madurez un diario de ruta llamado en árabe *Risala* ("Tratado"), también conocido como «Viaje al país de los búlgaros del Volga» (trad francesa de M. Canard, en *Annales de l'Institut d'études orientales de la faculté des lettres de l'Université d'Alger*, t. XVI, Argel, 1958). Sus observaciones, caracterizadas por un afán de objetividad, son muy valiosas, pese a que de vez en cuando se manifieste en ellas la indignación por las costumbres de pueblos no musulmanes como los eslavos y los turcos paganos (cfr. A. Ibn Fadlan: **Voyages chez les Bulgares de la Volga**, Sindbad, París, 1988).

Reproducimos a continuación un famoso fragmento del relato de Ibn Fadlan, en el que describe los prolegómenos y ceremonias de los funerales de un jefe vikingo:

«Un día murió uno de los jefes de la expedición vikinga y el embajador pudo seguir los ritos funerarios desde su comienzo hasta su final. Para empezar colocaron el cadáver en una tumba provisional sobre la que instalaron un tosco tejado y allí estuvo durante diez días mientras le confeccionaban el vestuario mortuario.

Si el difunto era un hombre pobre construían una rudimentaria barca en la que le colocaban y le quemaban después. Pero si era un hombre rico, de su fortuna hacían tres partes:

una para su familia, otra para los vestidos mortuorios y otra para preparar una bebida muy fuerte, llamada nabidh, que los deudos y amistades del difunto bebían sin descanso hasta el día de la incineración del cadáver.

Cuando un gran personaje muere los familiares preguntan a sus esclavos, hombres y mujeres, quién quiere morir con él y acompañar al difunto a ultratumba. Si alguien dice "yo", ya no puede volverse atrás. La esclava, porque generalmente son mujeres las que se ofrecen para el sacrificio, se ve separada de la familia y confiada a dos jóvenes muchachas que cuidan de ella, la acompañan adondequiera que va y la lavan cuidadosamente.

Mientras tanto se confeccionan los vestidos que ha de llevar el cadáver y la esclava bebe y canta continuamente sin perder la alegría.

Cuando llegó el día en que el hombre tenía que ser incinerado y la muchacha con él, los asistentes tomaron una barca, la colocaron sobre las arenas de la playa y a su alrededor pusieron gran cantidad de madera.

Sobre la barca depositaron la cama en que había dormido el difunto y la cubrieron con colchones y almohadas de brocado. Llegó en esto una vieja, a la que llamaban el Ángel de la Muerte, encargada de arreglar todo el paramento que se había preparado y de matar a la esclava.

Fueron luego todos a la tumba en que habían sepultado al muerto, al que desenterraron junto con unas botellas de nabidh, frutas y otros alimentos. Vistieron el cadáver con pantalones, botas, una túnica y un caftán de brocado con botones de oro y colocaron sobre su cabeza una gorra de brocado y pieles de marta. Le llevaron a la barca, le sentaron sobre el colchón y lo sostuvieron con cojines y almohadas. Colocaron junto a él el imprescindible nabidh, frutas, plantas olorosas, pan, carne y cebolla. Después partieron en dos a un perro y lo dejaron a sus pies. Mataron dos caballos a los que previamente habían hecho correr hasta que estuvieron sudados, los cortaron a trozos con los sables y su carne fue colocada sobre la barca; lo mismo hicieron con dos vacas, un gallo y una gallina.

Mientras esto sucedía la esclava que debía morir visitaba a los diversos jefes del campamento y se unía sexualmente con ellos, que, cuando terminaban la agradable ceremonia, le decían: "Di a tu amo que lo hemos hecho por amor a él".

Cuando llegó el momento de la oración del viernes pusieron los hombres a la esclava sobre una ancha tabla y la levantaron tres veces lo más arriba que podían mientras ella pronunciaba unas palabras. Cuando terminó la ceremonia le presentaron una gallina a la que cortó la cabeza y que fue depositada en la barca como se había hecho con los otros animales.

El viajero que narra esta ceremonia preguntó a un intérprete qué había dicho la muchacha mientras la elevaban sobre la tabla. La primera vez había dicho: "He aquí que veo a mi padre y a mi madre". La segunda vez: "He aquí que veo sentados a todos mis parientes muertos". Y la tercera: "He aquí que veo a mi amo sentado en el paraíso y el paraíso es hermoso y verde. Con él hay hombres y muchachas y me llama. Llevadme hacia él".

La llevaron a la barca, en donde ella se quitó dos brazaletes y los entregó a la mujer llamada el Ángel de la Muerte. Dio otras joyas a las muchachas y subió inmediatamente a la barca funeraria.

Después los hombres la rodearon con escudos y bastones. Le entregaron una copa de nabidh que bebió de un trago. Después cantó la joven unas estrofas con las que se despedía de sus compañeras. Le entregaron una segunda copa y varias más, tras lo cual entró en el lugar que ocupaba el cadáver de su amo.

Los hombres golpeaban sus escudos para que no se oyesen los gritos de la esclava y uno tras otro, hasta seis, cohabitaron con ella. A continuación la acostaron al lado de su amo. Dos la tomaron por los pies y otros dos por las manos. El Ángel de la Muerte le colocó una cuerda en el cuello dándole una vuelta y entregó las extremidades a dos hombres para que tirasen de ella. Se acercó a la muchacha y con un puñal le atravesó el corazón mientras los dos hombres la estrangulaban.

A continuación el más joven de los parientes del muerto tomó una antorcha y completamente desnudo, con una mano cubriendo el orificio de su ano, prendió fuego a los maderos que rodeaban la barca. Después todos, con teas y leños, ayudaron a propagar el incendio, que destruyó la barca y todo lo que contenía».

La película *The Thirteenth Warrior* (titulada en castellano “13 Guerreros”), dirigida por John McTiernan y protagonizada por Antonio Banderas y Omar Sharif (EE.UU., color, 99 m, 1999), narra la historia de Ibn Fadlan y su legendario viaje según el guión del novelista Michael Crichton basado en su obra **Devoradores de cadáveres** (Plaza & Janés, Barcelona, 1993).

Al-Mas’udí

Abu al-Hasan Alí Ibn al-Husain Ibn Alí al-Mas’udí, nacido hacia el año 900 en Bagdad en el seno de una familia shií, y fallecido en El Cairo en 957, es el autor de la monumental obra *Muruw ad-dahab wa ma’adin al-yawahir* (“Praderas de oro y minas preciosas”), generalmente citado en Occidente como “Las praderas de oro” (traducida al francés en 9 tomos por Charles Barbier de Meynard y Pavet de Courteille, París, 1861-1877, y 1962). Escrita hacia 947, y revisada y publicada nuevamente en 957, es una enciclopedia monumental de treinta tomos sobre historia y biografías, pero su mayor interés reside todavía en sus noticias y descripciones geográficas y en los innumerables datos sobre historia natural y sobre descripciones de usos prácticos y de procedimientos técnicos.

Por ejemplo, en ella se encuentra la primera mención conocida de una colección de cuentos de origen persa llamada *Hezar efsaneh* (“Mil cuentos”) cuyo fondo es de procedencia india, que luego formaron «Las mil y una noches». Por esto los historiadores e islamólogos occidentales acostumbran llamarlo «el Plinio, además del Herodoto, del mundo musulmán».

Gran cosmógrafo, redactó el *Kitab al-Tanbih ua-l-ishraf* (“Libro de la advertencia y de la revisión”), un tratado de ciencia, filosofía, mineralogía y botánica que fue traducido por M.J. de Goeje (E.J. Brill, Leiden, 1967), con traducción al francés por Carrá de Vaux: *Macoudi, le livre de l’avertissement et de la révision* (París, 1897). También escribió una «Historia de Alí y del imamato». Viajero incansable e insaciable, recorrió grandes extensiones de Siria, Palestina, Arabia, la costa oriental de África, Irán, Asia central, la India, Ceilán y el mar de la China. Perspicaz educador, no comprimía su materia hasta la aridez, sino que escribía a veces con una amable despaciosidad que no evitaba dar, de vez en cuando, una historia divertida.

Al-Mas’udí es una de las fuentes más ricas, de más confianza y más variadas acerca del estado del mundo islámico en su época. En las cuarenta obras de al-Mas’udí,

así como las de sus contemporáneos.

«La historia cautiva el oído del sabio y el del ignorante; el simple y el inteligente se encantan con sus relatos y los solicitan. La historia comprende todas clases de temas.. Su superioridad sobre las otras ciencias es evidente, y todos los ingenios le conceden la supremacía. Con razón dicen los sabios que el amigo más seguro es un libro... Te ofrece al mismo tiempo el comienzo y el fin, poco o mucho; reúne lo lejano a lo que está cerca de ti, el pasado al presente; combina las formas más diversas, las especies más distintas. Es un muerto que te habla en nombre de los muertos, y que te hace accesible el lenguaje de los vivos. Es una persona íntima que se alegra con tu alegría, que duerme con tu sueño y que sólo te habla de lo que gustas» (“Praderas de oro y minas preciosas”).

Ibn Hauqal

Sobre Abu l-Qasim Muhammad Ibn Hauqal se puede agregar que estuvo al servicio fatimí y fue comerciante. Pasó su adolescencia en Irak y luego viajó por el Egipto, norte de África, al-Ándalus, Ghana, Sicilia, Armenia, Azerbayán e Irán. Ibn Hauqal (hacia 975) describe una especie de pagaré por 42.000 dinares dirigido a un mercader de Marruecos, con la palabra árabe *saqq*; correspondiente a esta forma de crédito deriva la palabra cheque. Escribió el *Kitab Surat al-ard* «Libro de la configuración de la tierra» (traduc. J.H. Kramers, Leiden, 1938), y el *Kitab al-masalik wa al-mamalik* «Libro de los caminos y de los reinos» (traducido por M.J. de Goeje, Leiden, 1967, 2ª ed.). En Ibn Hauqal y Abu Ishaq Ibrahim al-Istahrí (floreció hacia 950), es donde encontramos las primeras menciones de los molinos de viento, la cual fue una invención islámica (véase Barón Carra de Vaux: **Les penseurs de l’Islam**, 5 vols., París, 1921).

Al-Muqaddasi

Por la misma época descolló el geógrafo Abu Abdallah Muhammad al-Muqaddasi (946-1000), natural, como se ve por su apodo, de Jerusalem (en árabe: Baitul Muqaddás). Su principal trabajo es *Kitab Ahsan al-taqasim fi ma’rifat al-aqalim* (“La mejor de las divisiones para el conocimiento de las regiones”), publicado en 985, y traducido por primera vez en Leiden en 1906.

Allí brinda este testimonio incomparable: *«Sabe que muchos hombres de ciencia y visires han compuesto obras sobre este tema, pero la mayor parte, si no la totalidad de sus escritos, se basa en lo oído decir; mientras que en nuestro caso no ha habido país en que no hayamos entrado, sin descuidar por ello el estudio y el examen en los libros de lo que permaneció desconocido directamente para nosotros. Así este nuestro librito ha llegado a formarse en tres partes: una, lo que hemos visto directamente; la segunda, lo que hemos oído de boca de personas dignas de fe, y la tercera, que es cuanto hemos hallado en los libros compuestos sobre éste y otros temas. No ha habido biblioteca de rey a la que yo no haya concurrido, ni obras de determinada secta que no haya ojeado, ni creencias de un pueblo que no haya conocido, ni gente devota con la cual no me haya mezclado, ni sagrados oratorios a los que no haya asistido, hasta conocer cuanto deseaba sobre este tema. Con treinta y seis nombres distintos he sido llamado y apostrofado: jerosolimitano (muqaddasi), palestino, egipcio, magrebí, jorasanio, faqih, sufí, santo, devoto, asceta, viajero, papelero, etcétera, en los distintos países donde me detuve y en los diferentes*

lugares que visité... Muchas veces he estado a punto de ahogarme, he sufrido asaltos de ladrones, he servido a cadíes y a grandes, he hablado a sultanes y visires; he andado por las calles con malvivientes, he vendido mercancías en los mercados, he sido encarcelado, tomado por espía. He visto la guerra de los Rum (bizantinos) con las galeras, he oído el nocturno tañido de los badajos de iglesia, he encuadernado volúmenes por dinero, he caminado entre el viento tórrido y las nieves... Y todo esto lo hemos dicho para que el lector de nuestro libro sepa que no lo hemos compuesto de cualquier manera, ni digerido por interpósita persona, y sepa distinguirlos de los otros. ¡Cuánta diferencia entre quien ha sufrido estas dificultades, y quien ha compuesto su obra en la comodidad, por oído decir! He gastado en estos viajes más de diez mil dirham... No ha habido permiso concedido por una de las escuelas de jurisprudencia, que yo no haya utilizado..., sólo sin salir nunca de los preceptos de sus sabios, ni retrasar nunca la oración canónica más allá de su tiempo prescrito».

Al-Muqaddasí fue un verdadero trotamundos que visitó todas las regiones del Islam excepto al-Ándalus y sufrió incontables aventuras y vicisitudes. Véase muy especialmente, Al-Muqadassi: **The Best Divisions For Knowledge Of The Regions, Ahsan al-Taqāsim fi Ma'rifat al-Aqālim**, traducida del árabe al inglés por Basil Collins, Garnet Publishing, Reading, 2001.

Nasir Josrou

Nasir Josrou al-Marvazí al-Qubadiyaní (1004-1088) fue un poeta y teólogo persa que viajó hacia 1045 a La Meca, Palestina y Egipto. El viaje lo hizo como penitencia por su afición al vino. A su retorno al hogar, se vio obligado a exilarse en Badajshán (hoy Afganistán oriental), por ser adherente de la escuela islámica shií de pensamiento. Es autor de un género llamado *Safarnameh* (libro de viajes), un «Libro de la felicidad» (*Sa'adat-nameh*) y de composiciones filosóficas y teológicas como *Raushana'i-nameh* y *Yami' al-hikmatain* (cfr. Henry Corbin: **Etude préliminaire pour le Livre réunissant les deux sagesses de Nasir-e Khosraw**, Teherán, 1953). Su *Safarnameh* fue traducido al francés y editado por Charles Schefer, París, 1881. Véase también Nasir-i-Khusraw: **Diary of a Journey Through Syria and Palestine** (trad. inglesa y edición a cargo de Guy Le Strange), *Palestine Pilgrims' Text Society*, vol. 4, Londres, 1896; Nueva York, 1971.

En 1047, Nasir Josrou llegó en peregrinación al Jerusalén de los califas fatimíes. «Nasir describió con admiración las hermosas alfombras, las losas de mármol, las 280 columnas de mármol y los esmaltes exquisitos de la cúpula... Nasir sugiere que en la ciudad vivían unas 20.000 familias, con lo que la población total sería de unos 100.000 habitantes. Estaba impresionado por los excelentes mercados y los altos edificios de Jerusalén. Cada oficio tenía su propio suq (zoco), la ciudad tenía muchos artesanos excelentes y las mercancías eran abundantes y baratas. Nasir mencionó también un gran hospital, generosamente dotado, donde se enseñaba medicina, y dos colegios sufíes (*jawaniq*) junto a la mezquita donde vivían y oraban. Una comunidad sufí había construido un oratorio en el claustro junto al muro septentrional del Haram. Nasir paseó meditativo por los santuarios y oratorios de la plataforma del Haram, yendo de una "estación" a otra y recordando las oraciones y las luchas de los profetas. Se imaginaba al profeta Mahoma orando junto a la Roca antes de su *mi'raj*, poniendo su mano sobre ella para que se elevara, creando la cueva inferior. También conversó con otros profetas, pensó especialmente

en el rey David en la Puerta del Arrepentimiento y pidió perdón por sus pecados» (Karen Armstrong: **Jerusalén. Una ciudad y tres religiones**, Ediciones Paidós Ibérica/Editorial Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1997, p. 321).

Yakut

Yakut Abdillah ar-Rumí (1179-1229) fue junto al-Idrisí, uno de los más grandes geógrafos de la Edad Media. Griego del Asia Menor, donde había nacido, fue educado por un mercader de Bagdad y gracias a su buen trato y orientación se convirtió al Islam. Viajó mucho, primero como mercader, luego como geógrafo.

En Merv (una ciudad al norte de la actual Mashhad, en Irán, hoy desaparecida) encontró diez bibliotecas, una de ellas con doce mil libros. Los bibliotecarios, que sabían distinguir quien amaba la sabiduría, le permitieron llevar hasta 200 volúmenes de una vez a su aposento. Luego pasó a Jiva (Uzbekistán) y a Balj (Afganistán). Allí los mongoles casi lo atraparon en su avance destructor y asesino; huyó, pero sin soltar sus manuscritos de viaje, a través de Irán hasta Mosul (Irak). Mientras comía el pan de la pobreza trabajando como copista, hacia 1228 completó su *Muyam al-buldán* ("Diccionario de las comarcas"), vasta enciclopedia geográfica que reunía casi todos los conocimientos geográficos de la época. Otra de sus obras es el *Muyam al-udaba* (traducido por David Samuel Margoliuth en 6 volúmenes, Leiden, 1907-1931). Al año siguiente fallecería en Alepo, Siria. Yakut lo abarcó todo: astronomía, física, arqueología, teología, historia. Su *Muyam al-buldán* fue publicado en árabe en diez volúmenes por M. Al-Janiwi, El Cairo, 1906-1907; también hay una traducción parcial al inglés por W. Jwaideh: **The Introductory Chapters of Yakut's Mu'jam al-buldan**, Brill, Leiden, 1959.

Al-Qazviní

Zakariyya Ibn Muhammad Ibn Mahmud al-Qazviní, nacido en Qazvín (hoy capital de la provincia de Zanyan, Irán) en 1203, estudió en Siria, y en su capital Damasco. Se formó con los más prestigiosos maestros de la época, entre los cuales se encontraba el famoso místico murciano Ibn al-'Arabi (1165-1240), al que conoció hacia el año 1232. Al-Qazviní ocupó el puesto de cadí en Wasit y en Hilla (Bajo Irak) falleció en el año 1283. Murió a los ochenta años de edad tras una intensa vida profesional e intelectual. En la época de al-Qazviní fueron numerosos los geógrafos que viajaban con finalidad exclusivamente erudita. El género geográfico, totalmente aceptado y en su apogeo, se convirtió en una actividad literaria sedentaria, compuesta en su mayor parte sobre fuente anteriores, enriquecida con experiencias personales y narraciones orales de segundas personas y, en la mayoría de las ocasiones, con la inclusión de países desconocidos para la persona que redactaba. A esta tarea, paralela a la ya mencionada actividad profesional como cadí, dedicó al-Qazviní su vida y en ese ámbito, el literario, conocemos dos obras fundamentales: *'Aya'ib al-majluqat wa gara' ib al-mawwyudat* ("Maravillas de la creación y enigmas de las criaturas"), obra cosmográfica (obra fue traducida y publicada por el islamólogo alemán Heinrich Ferdinand Wüstenfeld (1809-1899), con el título: **El-Cazwini's Kosmographie**, Göttingen, 1849), y *Atar al-bilad wa*

ajbar al-'ibad ("Vestigios de los países y noticias de los siervos de Dios"), obra geográfica. Ambas ofrecen una variedad de temas estimable, tanto descripciones físicas de ciudades y territorios como fenómenos sobrenaturales y hechos sorprendentes, además de menciones a literatos y acontecimientos históricos. Su labor responde al escritor tipo de su época, en la que la decadencia política impulsa el proceso de redacción de obras de recopilación y enciclopedias.

Al-Qazviní fue llamado por algunos especialistas el Heródoto de la Edad Media y el Plinio de los árabes.

El geógrafo al-Qazviní no debe confundirse con sus conciudadanos Yamaluddín al-Qazviní que en 1132 redactó en árabe una enciclopedia científica, y con el astrónomo y filósofo que perteneció al observatorio de Maraga llamado Naymuddín al-Qazviní (m. 1277), autor del *Kitab ain-qawaid fi al-mantiq ua al-híkma* (Libro sobre la fuente de los principios de la lógica y la sabiduría).

Ibn Mayid

Un aspecto destacable de la tradición náutica musulmana es la de la navegación astronómica. A este respecto, no hemos de olvidar la larga experiencia acumulada por los musulmanes en el océano Indico y que culminó en los siglos XV y XVI con el piloto Shihabuddín Ahmad Ibn Mayid al-Naydí (1437?-1501?).

Este celeberrimo navegante, que compuso un gran tratado de náutica, el más importante del Islam, llamado *Kitab al-Fawa'id fi usul al-bahr ua-l-qawa'id* ("El Libro de los Beneficios relativo a los Principios y Fundamentos de la Ciencia del Mar", traducido y comentado por el catedrático inglés **Gerald R. Tibbetts** con el título **Arab navigation in the Indian Ocean before the coming of the Portuguese**, The Royal Asiatic Society, Londres, 1981), es de quien se ha dicho que fue el piloto coaccionado a guiar a Vasco de Gama (1469-1524) desde Malindi (en la costa oriental de África) hasta Calicut (en la costa sudoeste de la India) en 1498 (cfr. Auguste Toussaint: **Historia del Océano Indico**, FCE, México, 1984

Ibn Mayid, que era hijo y nieto de marinos, y quien según el investigador francés Gabriel Ferrand (1864-1935) pertenecía a la escuela shií de pensamiento (ver G. R. Tibbetts, O. cit., p. 17), se refiere en repetidas ocasiones a los pilotos que le habían precedido y a las guías (*rahmani*) que éstos habían escrito mucho antes que él.

Gracias al cronista portugués João de Barros (1496-1570), que lo cita en su *Década I, Libro IV, Capítulo VI*, sabemos que Ibn Mayid le mostró a Vasco de Gama un instrumento que era desconocido en Occidente. Se trataba del *kamâl*, constituido por un pequeño cuadrado de madera o de cuerno, de cuyo centro salía un hilo graduado con un nudo que correspondía (en cada uno dos *kamâl*) a un determinado ángulo. Su práctica era simple: una vez que el observador había escogido el *kamâl* adecuado, tomaba entre los dientes el hilo a la altura del nudo y con el hilo tenso hacía coincidir la estrella que había elegido con la arista superior del referido cuadrado de madera, mientras que la arista inferior rozaba el horizonte. Según la descripción de Barros, parece que había un *kamâl* para cada altura utilizada. Más adelante, el *kamâl* evolucionó

y llegó a disponer de un hilo graduado con varios nudos, lo que permitía observar las estrellas en varias alturas con el mismo instrumento.

Vasco de Gama trajo este instrumento de la India y en Lisboa se calculó, para su uso, una tabla con una graduación en pulgadas, posiblemente con la participación de dos pilotos musulmanes. El navegante Pedro Alvares Cabral (1467-1520) llevó un ejemplar, por lo menos, de este instrumento en el viaje en el que se dice haber descubierto el Brasil en 1500 (aunque es muy probable que los portugueses hayan alcanzado ese “descubrimiento” mucho antes).

Evliya Çelebi

La tradición de la *rihla* prosiguió en diversas partes del mundo musulmán y, bajo los otomanos, fue cultivada por Ibn Darwish Mehmed Zilli, conocido como Evliya Çelebi (1611-c.1682). Tras terminar sus estudios primarios, estudió en una *madrassa* (escuela teológica) durante siete años. Durante ese tiempo aprendió de su padre (que moriría en 1648 a los 117 años de edad) las artes tradicionales como *hat* (caligrafía), *nakis* (decoración de las paredes y del techo con pinturas) y *tezhîp* (dorado de los márgenes de las páginas). En 1635, cuando tenía 24 años, su tío Melek Ahmet Pashá le presentó al sultán Murat IV y éste le otorgó su ingreso al Enderun (escuela del Palacio de Topkapi) donde permaneció cuatro años recibiendo clases de caligrafía, música, gramática árabe y lectura del Corán hasta que fue agregado en 1639 al cuerpo militar de los spahis con un sueldo de 40 akças (monedas de plata). Su interés por conocer el mundo fue a partir del año 1630 cuando empezó a asistir a las tertulias de los amigos de su padre, pues las narraciones referentes a diversos países despertaban la curiosidad del joven que las escuchaba con extrema atención.

El motivo de sus interminables viajes, según afirma el mismo Evliya, fue un sueño: una noche soñó con el Profeta Muhammad, mientras se encontraba descansando en la mezquita de Alí Çelebi, cerca del muelle de frutos en el Cuerno de Oro (Estambul). Evliya, al encontrarse ante el Profeta sintió tanta emoción que, en lugar de pedirle *sefaat* (intercesión del Profeta a favor de alguien ante Dios para que perdone sus pecados), se le trabó la lengua y pronunció *seyahat* (viaje) oh Enviado de Dios. Pero el Profeta, comprendió lo que intentaba decir y le concedió ambas cosas. Así terminó el sueño. Al día siguiente lo primero que hizo Evliya fue contar ese sueño a Abdullah Dede, *sheij* (maestro) de los Mevlevi (cofradía de los derviches giróvagos, seguidores de Mevlana) en Kasimpasha, quien lo interpretó y aconsejó al futuro viajero que describiese primero la ciudad de Estambul. Así empezó la tarea este viajero incansable que duraría hasta su muerte. Como consecuencia de sus largos viajes nos dejó su *Seyahatname*, también llamado *Tarihi seyyah*, en diez libros de incalculable valor histórico y etnográfico. El primer libro abarca las descripciones de la sede del Imperio otomano y sus acontecimientos históricos, y es considerado una breve historia de Estambul; su redacción llevó diez años.

A partir de 1640, Evliya viajó por el mar Negro, Crimea (1642), Creta (1645), Azerbaiyán y Georgia (1646), Siria y Palestina (1648-1650), Bulgaria (1652) y Transilvania (1661). En la primavera de 1663 llegó a Hungría y se integró a la embajada

de Kara Mehmet Pashá en Austria, llegando a la esplendorosa ciudad de Viena (la antigua Vindobona, "la ciudad blanca") el 9 de junio de 1665, «con el ojo avizor de un guerrero de frontera». Durante su estancia allí se recompuso cuatro dientes rotos en 1647 cuando jugaba un partido de *cirit* (un deporte parecido al juego de cañas de los gauchos argentinos) en Erzurum. En Viena recibió un salvoconducto del emperador Leopoldo I (1640-1705) y recorrió las cercanías. El 29 de junio partió de la ciudad a orillas del Danubio y retornó a Hungría. El siglo XVII se caracterizó por los enfrentamientos entre otomanos y austríacos que culminó con el infructuoso segundo sitio (el primero fue entre el 27 de septiembre y el 15 de octubre de 1529) de la capital a orillas del Danubio entre el 17 de julio y el 12 de septiembre 1683 por parte del ejército del visir Kara Mustafá (1634-1683), el cual se dejó sorprender por la columna aliada franco-germano-polaca de socorro al mando de Carlos de Lorena (1643-1690) y Juan III Sobieski (1629-1696) – véase sobre el particular M. Smets: **Wien in und aus der Türken Bedrängis, 1529-1683**, Viena, 1893; Richard Kreutal: **Kara Mustafa vor Wien: Das Türkische Tagebuch der Belagerung Wiens 1683, verfasst von Zeremonienmeister des Hohen Pforte**, Graz, 1960; David G. Chandler: **Atlas of Military Strategy. The Art, Theory and Practice of War, Islam versus Christianity**, Arms and Armour Press, Londres, 1996, pp. 54-59.

Sus viajes continuaron por Creta (1668), Grecia y Albania (1670). Finalmente, Evliya Çelebi hizo la peregrinación a La Meca en 1671. Luego pasó a Sudán y Egipto donde vivió cerca de 8 o 9 años. A partir de entonces no es posible tener noticias sobre su vida y sus recorridos, tampoco se sabe dónde y cuándo murió. En su última obra aunque nos habla del visirato de Kara Mustafá Pashá, no da información referente de su expedición militar contra Viena. Como pasa por alto este acontecimiento importante, se puede deducir que vivió hasta el año 1682.

Evliya Çelebi fue sin duda un gran viajero y un gran romántico, a veces fantasioso cuando se refiere a una obvia mítica expedición de cuarenta mil jinetes tártaros a través de Austria, Alemania, y Holanda hacia el Mar del Norte. Evliya en su narración deja correr a veces su imaginación, como por ejemplo cuando se encontraba en Viena afirma haber recibido un salvoconducto del Emperador y haber visto mediante el mismo países como España, Dinamarca, Alemania y Francia, afirmación que sin duda carece de fundamento. Otro defecto de la obra es la inexactitud de las cifras en las que el autor a veces exagera al enumerar las cosas. Lo mismo sucede en las atribuciones históricas en la que nuestro viajero al informar sobre un acontecimiento histórico ocurrido en pasado, comete de vez en cuando algún disparate. Según el especialista turco Nihat Atsiz, esto se debe al conocimiento superficial de Evliya de la historiografía, ya que su formación de siete años en una madrasa no equivalía a una educación universitaria. Sin embargo, su estilo literario es excelente y destacan la minuciosidad y precisión de sus descripciones geográficas, de personas y grupos sociales. Por ejemplo, sobre la Casa Real de Austria opina lo siguiente: «*Por la Voluntad de Dios Todopoderoso, todos los emperadores de esta casa son igualmente repulsivos en su aspecto. Y en todas las iglesias y casas, así como en las monedas, el emperador es representado con su feo rostro, y ciertamente, si cualquier artista osara retratarlo con un bello semblante sería*

ejecutado, pues él considera que así lo desfiguran. Estos emperadores están orgullosos de su fealdad».

Sin embargo, otros juicios de Evliya Çelebi sobre la sociedad austriaca son altamente favorables e incluso halagadores. Sobre las mujeres vienesas dice que «*gracias a la pureza del agua y al buen aire son hermosas, altas, de esbelta figura y rasgos nobles*». También pondera las excelencias de la vasta y bien cuidada biblioteca de la catedral de San Esteban.

Evliya en sus narraciones, a diferencia de otros viajeros y escritores musulmanes, evita cuidadosamente cualquier comparación explícita entre aquello que vio en Austria y lo que él y sus lectores conocen en casa. En las historias magistrales con las cuales entretiene a su público, importantes y detallados señalamientos pueden apreciarse acerca del ejército, el sistema judicial, la agricultura, así como sobre las características topográficas y edilicias de la ciudad capital. Un libro de Evliya llamado *Sakaname* (libro de bromas) no ha llegado hasta nosotros.

Véase Evliya Çelebi: **Narrative of Travels in Europe, Asia and África**, (2 vols.). traducción parcial de J. von Hammer, Londres, 1834; Evliya Çelebi: **Viajes**, (10 vols.), Editado por N. Asım, Kilisli Rifat y H.N. Orkun, Estambul, 1896-1938 (en turco); A.A. Pallis: **In the Days of the Janissaires, Selections from Evliya Çelebi**, Londres, 1951; R.F. Kreutel: **Im reiche des Goldenen Apfels**, Graz, 1957; K. Teply: **Evliya Çelebi in Wien**, Der Islam, Viena, 1975; Martin Van Bruinessen y Hendrik Boeschoten: **Evliya Çelebi in Diyarbakir**, E.J. Brill, Leiden, 1988; Evliya Çelebi: **Evliya Çelebi Seyahatnamesinden Seçmeler** (Selecciones del itinerario de Evliya Çelebi), Preparación de Nihat Atsız, Kültür Bakanlığı Yayınları, Ankara, 1991; Evliya Çelebi: [Seyahatname, Selecciones en inglés] **The intimate life of an Ottoman statesman : Melek Ahmed Pasha (1588-1662): as portrayed in Evliya Celebi's Book of travels (Seyahat-name)**, traducción y comentario de Robert Dankoff; con una introducción histórica de Rhoads Murphey, State University of New York, Albany, 1991; Korkut M. Bugday: **Evliya Çelebis Anatolienreise aus dem dritten Band des Seyahatname**, Leiden, 1996.

Ilias Ibn Hanna de Mosul

Desde los comienzos del Islam, miembros de las minorías cristianas y judías viajaron desde el mundo musulmán hacia los cuatro puntos cardinales del planeta con una libertad inimaginable en nuestros días presentes de pasaportes, visas, controles electrónicos y restricciones migratorias. Un ejemplo es el sacerdote cristiano caldeo Ilias Ibn Hanna de Mosul.

En 1668 viajó a Italia, Francia y España, y desde allí abordó un navío que lo llevó a la América española, donde visitó México, Panamá y Perú. Sin lugar a dudas, se trata del primer oriental en visitar y describir el «Nuevo Mundo», por lo menos oficialmente (cfr. Ilyas b. Hanna: **Le plus ancien voyage d'un oriental en Amerique, 1668-1683**, A. Rabbath, Beirut, 1906).

Abu Talib Jan

Mirzá Abu Talib Jan nació en Lucknow en 1752, en el seno de una familia shií. Entre 1799 y 1803 viajó extensamente por Europa, y a su vuelta a la India escribió un libro describiendo sus aventuras y descubrimientos (cfr. C. Stewart: **Travels of Mirza Abu Talib Khan**, Londres, 1814; **Masir-i Talibi ya Safarname-i Mirza Abu Talib Khan**, ed. H. Khadiv Jam, Teherán, 1974).

Abu Talib Jan comenzó su itinerario europeo en Irlanda y pasó la mayor parte del tiempo en Londres. El retorno a su tierra natal lo hizo vía Francia, Italia y Oriente Medio. Este viajero indomusulmán señala, muy sorprendido, que en Dublín había sólo dos casas de baño, ambas muy pequeñas y mal equipadas, destinadas exclusivamente para enfermos. «*En verano — explica — la gente de Dublín se baña solamente en el mar, y en invierno no se bañan para nada*».

Abu Talib Jan encontró a las mujeres inglesas en un estado social lamentable respecto de sus hermanas musulmanas. «*Las inglesas se mantienen ocupadas en tiendas y diversos puestos de trabajo — una situación que Abu Talib atribuye a la sabiduría de los legisladores y filósofos ingleses en la búsqueda del mejor camino para mantenerlas alejadas de la malicia —, pero, sin embargo, están sujetas a fuertes restricciones. Por ejemplo, ellas no salen después de oscurecer y no pasan la noche en ninguna otra casa que la propia sin la compañía de sus maridos. Una vez casadas, carecen de derecho de propiedad y están completamente a merced de sus maridos, quienes podrían despojarlas a voluntad. Las mujeres musulmanas, por el contrario, están muchísimo mejor. Su posición legal y derechos de propiedad, incluso contra sus propios esposos, están establecidos y defendidos por la ley. Y tienen otras muchas ventajas. Ellas pueden salir de sus moradas a visitar a sus familias, a sus relaciones o a sus amigas, y al mismo tiempo, permanecer fuera de sus hogares por varios días y noches*» (cfr. Stewart, pp. 135-37; Masir, p. 268).

Rifa'a al-Tahtauí

En el siglo XIX, uno de los viajeros musulmanes más notables en cuanto a experiencias y producción literaria fue el sheij egipcio Rifa'a Rafi' al-Tahtauí (1801-1873), un becario a quien el jedive (virrey otomano) de Egipto, Muhammad Alí (1769-1849), envió a estudiar a París (1826-1831). Su rihla, titulada «Purificación del oro en París» (*Tajlís al-ibriz fi taljís Bariz*, que lleva el subtítulo contemporáneo: *Usul al-fikr al-arabi al-hadith ind al-Tahtawi*: Las bases del pensamiento árabe moderno según al-Tahtauí —, El Cairo, 1974), es un cuadro fascinante de las costumbres de los franceses decimonónicos. Muhammad Alí favoreció su publicación a partir de 1834 y la hizo traducir al turco. «*El relato del viaje a París de Rifa'a Tahtawi apunta ya los temas esenciales de la Nahda y justifica la noción de renacimiento del dinamismo cultural árabe*» (Mohammed Arkoun. **El pensamiento árabe**, Paidós Orientalia, Barcelona/Buenos Aires, 1992, p. 112).

El sheij al-Tahtauí durante sus cinco años de permanencia en la ciudad a orillas del Sena (la antigua Lutecia Parisiorum de los romanos) se multiplicó en recopilar información y aprender todo lo que pudiera ser útil para el Islam y los musulmanes. Así

se tomó el trabajo de traducir al árabe el texto completo de la constitución francesa y de numerosas obras de la Ilustración sobre ciencias, filosofía y derecho. Era un políglota que dominaba dieciséis lenguas orientales y occidentales. También recorrió otras regiones y ciudades de Francia, entre ellas Marsella.

El sheij al-Tahtauí rápidamente reconoció el valor de la prensa en el mundo de las comunicaciones pero la juzgó con su peculiar ojo crítico: *«Los hombres se enteran del modo de pensar de otros a través de ciertas páginas diarias llamadas Journal y Gazette. De ellas, un hombre puede saber lo que sucede dentro y fuera del país. Aunque tal vez se puedan hallar más mentiras que verdades, de todas formas contienen noticias por las que se puede adquirir conocimiento...Entre las ventajas que contemplan estas páginas se encuentra la alternativa de que si un hombre ha hecho bien o mal y es importante, los del Journal escriben sobre el particular y el hecho es conocido tanto por los grandes como por la gente común, con el objetivo de ganar aceptación para los hombres de buenas obras y condena para los transgresores».*

Sobre los habitantes de París dijo: *«Los parisienses se distinguen entre la gente de la cristiandad por la agudeza de sus intelectos, la precisión de su comprensión, y la consagración de sus mentes a los temas profundos... y siempre desean conocer el origen de las cosas y las pruebas correspondientes. Incluso el pueblo común sabe leer y escribir...Están más cerca de la avaricia que de la generosidad... Entre sus creencias desagradables está la que afirma que el intelecto y la virtud de sus sabios son más importantes que la inteligencia de los profetas».*

Veamos la percepción que tuvo el Sheij al-Tahtauí al concurrir por primera vez a una cafetería francesa en Marsella junto a otros estudiantes egipcios en 1826: *«La primera obra de arte en la que reparamos fue un magnífico café, en el que entramos tras considerar su extraordinario aspecto y disposición... En este café se vende todo tipos de bebidas y pastelería... Normalmente, cuando una persona toma café, se le sirve azúcar con la taza para que lo mezcle, lo disuelva y lo beba. Nosotros procedimos así, según sus costumbres. La taza de café que tienen es cuatro veces más grande que en Egipto; en fin, es un tazón más que una taza. En ese café se encuentran las hojas con los acontecimientos del día, a disposición de los clientes».*

El Sheij al-Tahtauí, adherente a la escuela shafí'í de pensamiento islámico, está considerado como el principal precursor del Renacimiento (Nahda) literario árabe. Otras obras suyas son las odas patrióticas egipcias *Manzuma Misría* y *Fi al-Din ua al-lughah ua al-adab* (Beirut, 1981). Dejó inconclusa una crónica llamada *Anuar Taufiq-il-Yalil*, de la cual sólo apareció el primer tomo que abarca un período histórico que llega hasta el Profeta Muhammad. Entre 1835 y 1848 se centralizó la actividad traductora en Egipto bajo la dirección del sheij al-Tahtauí.

Abu-l-Hasan Shirazí

La actividad diplomática iraní no comenzó hasta el siglo XIX, cuando las Guerras Napoleónicas extendieron sus escenarios bélicos y políticos al Medio Oriente e incluso la India. La primera figura notable entre los visitantes iraníes a Europa fue Hayyi Mirzá Abu-l-Hasan Muhammad Alí Shirazí, quien partió de Teherán para Londres el 7 de mayo de 1809, acompañado del famoso diplomático y novelista británico James Justinian Morier (1780-1849), autor de las célebres «Aventuras de Hayyi Baba de Isfahán» (1824) y «Las Aventuras de Hayyi Baba de Isfahán en Inglaterra» (1828), que

satirizan a la civilización occidental. Shirazí salió de Londres de regreso a Persia el 18 de julio de 1810, acompañado por James Morier y Sir Gore Ouseley, un orientalista (cfr. I. Ra'in: **Safarname-i Mirza Salih Shirazi**, Teherán, 1968; C.A. Storey: **Persian Literature**, vol. 1, pp. 1076-8, Londres, 1953).

Husain Jan Muqaddam

El segundo embajador iraní enviado al Occidente en el siglo fue Husain Jan Muqaddam Awudán Bashí, un militar elevado al rango de adjutor general. En 1838, por comisión del shah Muhammad de la dinastía Qayar, viajó a Europa, aparentemente para asegurar el retorno del embajador británico en Teherán, Sir John McNeill. Su ruta hacia Inglaterra fue vía Estambul, Viena y París, llegando a Londres en abril de 1839. Aunque Husain Jan no escribió detalles de su viaje, un auxiliar anónimo de su embajada, muy idóneo y observador, redactó una interesante crónica de eventos conocida como **Sharh-i ma'muriyat-i Ajudan bashi (Husain Khan Nizam ad-Dawla) dar Safarat-i Otrish, Faransa, Inglistán**, publicada en Teherán en 1968. El islamólogo Alessandro Bausani hizo la traducción italiana con el título: **Un manoscritto Persiano inedito sulla Ambasceria di Husein Han Moqaddam Agudanbashi in Europa negli anni 1254-1255 H (1838-39)**, Oriente Moderno 33, Roma, 1953.

Una de sus anécdotas, ocurrida durante la inauguración del tramo ferroviario entre Londres y Croydon en 1839, relata la sorpresa que produjo en la multitud allí reunida (cercana a las cuarenta mil personas), la presencia de la embajada persa con sus barbas, turbantes y ropas tradicionales: «*Tan pronto como nos vieron comenzaron a gritar con exclamaciones de asombro y escarnio. Pero el Awudan Bashí tomola delantera saludándolos muy cortésmente, y ellos respondieron descubriéndose y agitando sus sombreros, por lo que todo acabó muy convenientemente*» (cfr. **Sharh-i ma'muriyat-i Ajudan bashi...**, p. 385; Bausani: **Un manoscritto Persiano...**, pp. 502-3).

VIAJEROS DEL OCCIDENTE MUSULMÁN

El historiador irakí A. Dhul Nun Taha describe, en un artículo publicado por una revista francesa especializada, las peculiaridades de los viajes andalusíes hacia Oriente: «*En las relaciones entre al-Ándalus y los países de Oriente la balanza se inclinó, en los primeros tiempos, en favor de Oriente. Entre los sabios, los viajes eran más frecuentes de al-Ándalus hacia Oriente porque era éste el centro culturalmente más desarrollado. Al-Ándalus se apoyaba mucho, en un comienzo, en las ciencias de Oriente, a las que consideraba el origen y fundamento que los andalusíes debían conocer. Los viajes fueron, por tanto, un factor de fortalecimiento y afirmación de los vínculos entre ambas regiones. Gracias a ellos la vida científica y cultural andalusí se desarrolló y alcanzó gran expansión, con lo que al-Ándalus pasó de la situación de país relativamente atrasado, a la zaga del Oriente musulmán, a la de competidor, a veces superior a este último*» (*Importance des voyages scientifiques entre l'Orient et al-Ándalus*, en **Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée**, París, 1985, n° 40).

El término árabe *Rihla* significa «viaje, partida, marcha, salida, emigración, periplo, itinerario, relato de viaje», es justamente esta última acepción la que se especializó para dar nombre a un género que ocupa un lugar destacado en la literatura

islámica. Efectivamente, en el siglo XII aparece algo nuevo en las letras árabes, el género de la *rihla*. Dicho género tiene como característica el que casi todos sus autores sean occidentales, andalusíes o magrebíes, y peregrinos hacia los lugares santos del Islam.

Ibn Hamza (m. 814) fue el precursor del género relatando los avatares de su misión como embajador en Bizancio, donde había sido enviado por el emir omeya de Córdoba Hisham I.

Ibn Yaqub

Ibrahim Ibn Yaqub al-Israilí al-Turtushí, fue un mercader y diplomático judío andalusí, nacido en Tortosa (Cataluña), que viajó durante la primera mitad del siglo X por Francia, Holanda, el norte de Alemania, Bohemia, Polonia y el norte de Italia. Sus magníficos y sagaces comentarios de ciudades y regiones europeas que visitó, y de otras que logró precisar en su itinerario de viaje, como las Islas Británicas, Utrecht, Burdeos, Schleswig y Maguncia, entre 934 y 935, sirvieron como valiosas referencias incluso a geógrafos musulmanes muy posteriores, como el afamado enciclopedista iraní Zakariya Ibn Muhammad al-Qazviní(ver aparte).

En esta época la mayor parte de las relaciones del califato cordobés con los países cristianos fueron encomendadas a cristianos como Recemundo (el obispo Recemundo, conocido en árabe como Rabi Ibn Zayd al-Usquf al-Qurtubi, fue un gran conocedor de las ciencias árabes y escribió sobre astronomía; en 955, aproximadamente, fue enviado por la Córdoba califal en misión diplomática a Alemania y visitó Jerusalén y Constantinopla) o a judíos como Hasday Ibn Shaprut (ministro, canciller y médico de la corte de los califas Abd ar-Rahmān III y al-Hakam II), posiblemente porque la ayuda de la que podía disponer un cristiano o un judío para viajar por la Europa cristiana en esta época, y para llevar a buen puerto su cometido, era mucho mayor que en el caso de los musulmanes. El interés de las relaciones entre el califato cordobés y los emperadores germanos aumentó durante unos años debido tanto al crecimiento del comercio, como el de los esclavos, que los andalusíes compraban en el mercado de Verdún, como a los problemas surgidos alrededor del enclave de Fraxinetum, nido de corsarios musulmanes en la costa Azul, que se mantuvo activo hasta su conquista en el año 975, y cuyo control atribuían los emperadores germanos al califa de Córdoba. Si bien en un principio los gobernantes del Sacro Imperio intentaron llegar a un acuerdo con el califato, el final del enclave llegó tras un pacto de los corsarios, que se integraron en la población local y dejaron huellas en la toponimia de la zona hasta nuestros días.

Ibrahim Ibn Yaqub llevó a cabo misiones diplomáticas por cuenta de Abd ar-Rahmān III ante Otón I (936-973) de Alemania en Magdeburgo y ante el Papa Juan XII (955-964) en Roma, además de recorrer de forma extensa otras zonas de Europa, dominadas en su mayor parte por pueblos eslavos. Ibrahim consideraba a los europeos como pueblos completamente opuestos a los andalusíes no sólo desde un punto de vista cultural o social, sino incluso en el físico, sobre todo en el caso de los eslavos (*saqāliba*). No sólo destaca el importante papel que tenían las mujeres en las cortes de sus reyes, algo que les extrañaba mucho, sino también su afición al clima frío. Mientras para Ibrahim el clima de la región del norte de Italia ya era frío en comparación con el

habitual de al-Ándalus, para los eslavos era de un calor insoportable. Por otro lado no deja de ponderar la riqueza agrícola de las tierras alemanas y francesas, de las que destaca la gran cantidad de alimentos que producían, en algunos casos varias cosechas al año, y la abundancia del agua. En una época en que las sequías eran terribles en al-Ándalus y las crónicas nos hablan de algunos años de hambruna debido a ellas, el comprobar que los problemas les llegaban a los europeos por los desbordamientos de ríos y las lluvias torrenciales le inclinaba a considerar a Europa como “el otro”, el opuesto en casi cualquier asunto de lo que se encontraba en *Dar al-Islam* (el territorio donde vivían los musulmanes).

Al referirse a los francos, Ibn Yaqub, como buen andalusí, se horroriza de su falta de higiene: «No encontraréis a nadie más sucio e inmundo que ellos. Son gente pérfida y traicionera. No se bañan más que una o dos veces por año, y en agua fría, y jamás lavan sus ropas hasta que éstas se caen a pedazos... Pregunté a uno de ellos la razón de por qué se afeitan la barba, y me contestó: “El pelo es una superfluidad. Si nos lo quitamos de nuestras partes íntimas, por que lo dejaríamos permanecer en nuestras caras”» (cfr. André Miquel: **L'Europe occidentale dans la relation arabe de Ibrahim b. Yaqub**, Annales ESC, París, 1966, p. 1053). Véase también Tadeus Kowalski: “Relatio Ibrahim Ibn Jakub de itinere slavico”, en *Monumenta Poloniae Historica* 1, Cracovia, 1946, E. Ashtor; **The Jews of Moslem Spain**, Filadelfia, 1973, vol. 1, pp. 344-49.

Al-Garnatí

El primer gran viajero andalusí fue Abu Hamid Muhammad Ibn ‘Abd al-Rahim Ibn Sulayman Ibn Rabi’, llamado también al-Qaysí, al-Andalusí, al-Uqlisí y al-Garnatí (“el Granadino”), polígrafo de múltiples conocimientos, nació en la ciudad de Granada, en el año 1080, bajo el reinado del último de los reyes ziríes, ‘Abd Allah Ibn Buluggin (1073-1090) – véase **Evariste Lévi-Provençal y Emilio García Gómez: El siglo XI en primera persona. «Memorias de Abda Allah , último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides, Alianza, Madrid, 1995 –**.

Parece ser que se vio obligado a abandonar al-Ándalus debido a la invasión de los almorávides y sus rígidas normas y costumbres. En 1115, cuando tenía treinta y cinco años, parece ser que nuestro viajero se encontraba en Alejandría donde permaneció hasta 1118. En su viaje a esa ciudad egipcia hizo escala en las islas de Cerdeña y Sicilia. De esta última dice: «Y en el Mar Verde (Mediterráneo) hay un conjunto de islas entre las que hay una muy grande a la que llaman Sicilia. En ella hay ciudades, fortalezas y quintas: es uno de los países de Dios que más bienes tiene. En ella junto al mar, hay un monte enorme. Es el monte del fuego. De lo alto de ese monte, por el día sale un humo azulado... Por la noche sale de él un fuego que alumbra hasta diez parasangas». Se refiere al volcán Etna, cuya descripción presenta con bastante exactitud, aunque no en términos científicos. En 1124 llegaba nuestro viajero a Bagdad, pero antes había enseñado el *hadiz* (tradiciones y consejos del Profeta) y hecho estudios en El Cairo y Damasco. En 1130 Abu Hamid se encontraba en la ciudad de Abhar (sudeste de Zanyan, Irán) y un año después llegaba a Saysin, población situada a orillas del Mar Caspio en la

desembocadura del río Volga y nudo de comunicaciones muy importante por ser cruce de largas rutas comerciales. La ciudad de Saysin es vista por el viajero granadino como una urbe en la que reina el respeto más absoluto entre todas las comunidades religiosas. Tanto cristianos, judíos y musulmanes disponen de iglesias, sinagogas y mezquitas donde poder orar. Además, todas las comunidades religiosas tenían sus propios, jueces, juristas y predicadores. Por otra parte, la vida en la ciudad no era cara y eran abundantes la carne, el caviar, las frutas y el pan, que se pagaban con “plomo blanco”. Tal vez este sano clima de convivencia social y el alto nivel de bienestar influyesen en el ánimo de Abu Hamid para establecer allí su residencia.

Fue en este viaje, que Abu Hamid al parecer hizo a lo largo de la costa occidental del mar Caspio, cuando tuvo ocasión de conocer la ciudad de Derbent, al pie del Cáucaso. Cuenta que en esa localidad está depositada en el interior de una hornacina excavada en la roca, la espada de Maslama Ibn Abd al-Malik (m. 730), general de la campaña de la conquista de Armenia y gobernador de la ciudad, que asentó en aquellas tierras – dice Abu Hamid – a veinticuatro mil familias árabes.

En el año 1135, Abu Hamid estaba en Bulgar, aguas arriba del Volga; allí perdió un hijo, al que no pudo enterrar hasta seis meses después de haber muerto porque la tierra en invierno se pone dura como el hierro y no fue posible cavar la fosa. Unos quince años después estaba en el país de Basgird (Hungría), donde permaneció varios años. Allí se casó su hijo mayor Hamid y allí tuvo éste que quedarse por orden del monarca húngaro Geza II, cuando Abu Hamid, acompañado de su discípulo Ismael Ibn Hasan, hijo de un emir musulmán de Hungría, salió de este país en el año 1153 para volver a Saysin, donde tenía otros hijos y su familia. Hizo un alto en el camino y pasó el invierno en el país de los Saqāliba (Eslavos), cuyo rey le trató muy bien gracias a una carta de recomendación que le había dado el soberano de Hungría. Después de una breve demora en Saysin, en el mismo año 1154, habiendo hecho en barco la travesía del mar Caspio, llegó Abu Hamid a la tierra de Juarizm, donde ya había estado antes y donde tenía distinguidos amigos. Al año siguiente salió de Juarizm para La Meca, para hacer la peregrinación, seguramente por la ruta de Merv, Isfahān y Basora. En ese mismo año 1155 está otra vez en Bagdad. Durante esta estadía en la capital califal compuso su primer libro de viajes, *Al-Mu'rib 'an ba'd ayā'ib al-Magrib* (“Elogio de algunas maravillas del Magrib”), para su gran amigo y mecenas el ministro Áwn al-Din, en cuya residencia se alojó. En el año 1162, llegó a Mosul y en esta ciudad compuso su segunda obra, la *Tuhfat al-albāb* (“El Regalo de los espíritus”), a instancias de un respetable sheij amigo suyo, obra que terminó tres años más tarde. Abu Hamid luego se dirigió a Siria, visitó Alepo y fijó su residencia en Damasco, donde murió en 1169, a los noventa años de edad.

Véase César Dubler: **Abu Hamid el Granadino y su relación de viaje por tierras eurasiáticas**, Edit. Maestre, Madrid, 1953; Abu Hamid al-Garnati: **Tuhfat al-albāb (El Regalo de los espíritus)**, traducción por Ana Ramos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1991; Abu Hamid al-Garnati: **Al-Mu'rib 'an ba'd ayā'ib al-Magrib (Elogio de algunas maravillas del Magrib)**, traducción por Ingrid Bejarano, Consejo Superior de

Benjamín de Tudela

Otro viajero-geógrafo muy conocido fue el judío andalusí Benjamín de Tudela (1130-1175). Hacia 1165 parte desde Zaragoza y pasa por Jerusalén, Alejandría, Bagdad y muchas otras ciudades y pueblos. Se habla de que llegó hasta la India, cosa que no ha podido ser comprobada. Regresa a al-Ándalus en 1173. Se trata, por tanto, de un viaje de ocho años, realizado en su mayor parte a través del Mundo Islámico sin pasaporte ni salvoconductos, con entera libertad, pese a su condición de no musulmán. Veamos como nos describe el trato de los pacientes en el hospital Dar al-Maristán (Casa de los enfermos) de Bagdad (inaugurado en el año 794): «*En esta casa se retienen a los enfermos mentales de toda la ciudad... Mensualmente los funcionarios del califa les interrogan y examinan, soltándoles si han recobrado la razón, y cada cual vuelve a su casa y a (ocupar) su cargo... Hay allí en Bagdad como unos cuarenta mil judíos y permanecen en calma, tranquilidad y honor bajo el poder del gran califa*» (**Libro de Viajes de Benjamín de Tudela**, Riopiedras ediciones, Barcelona, 1989, pp. 92/93. Véase también Elkan Nathan Ader: **Jewish Travellers in the Middle Ages, 19 Firsthand Accounts**, Dover, Nueva York, 1987.

Ibn Yubair

La *Rihla* de Ibn Yubair, uno de los textos narrativos más fiables y documentados de fines del siglo XII (ver Ibn Yubayr: **A través del Oriente. El siglo XII ante los ojos**, traducción y notas de Felipe Maíllo Salgado, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1988), es una de las fuentes más importantes con que cuenta el historiador para saber como se encontraba el Mundo Islámico, la Sicilia normanda y la navegación en el Mediterráneo en el siglo XII.

Todo habría comenzado por una absurda historia y unas copas de vino... Según cuenta el cronista Ibn Raḡiq –más tarde citado por al-Maqqari–, la cautivante aventura por el Mediterráneo y el Oriente Próximo de Ibn Yubair, uno de los *rahhala* (viajeros) andalusíes más ilustres, tendría por origen un singular desafío acaecido en el año 1183, en el palacio del Gobernador de Granada, Abu Saïd Uzman, hijo del califa almohade Abd al-Mu'min. Ibn Yubair era por entonces secretario de este príncipe beréber, y se vio obligado por él, mientras le dictaba una carta, a beber siete copas del prohibido líquido a cambio de siete copas repletas de dinares. Para redimir sus culpas y con las piezas de oro recibidas, el piadoso secretario decidió expiar sus pecados cumpliendo con la obligación impuesta a los creyentes a realizar el peregrinaje a La Meca.

Fueran cuales fueran las verdaderas motivaciones de Ibn Yubair, su viaje, que duró largos años, tuvo en su época una resonancia considerable. La relación de sus tribulaciones por Oriente sirvió de obra fundadora de un género literario, el de la *rihla*, el relato de viaje. Tanto es así que, en los siglos siguientes, incontables son sus emuladores e, incluso, los plagiadores. El célebre tangerino Ibn Battuta (1304-1377) –y otros muchos– recuperó párrafos íntegros de la *rihla* de Ibn Yubair, retomando, a modo

de ejemplo, descripciones de monumentos que ya no existían cuando viajó por esas latitudes, casi dos siglos más tarde.

¿Cuáles podían ser las motivaciones que empujaban a tantos andalusíes y magrebíes a emprender el mítico y arriesgado viaje a estas tierras lejanas, en particular para personas acomodadas como nuestro letrado, que recibió la educación tradicional de los secretarios andalusíes, es decir, formado a la vez en las ciencias religiosas y las buenas letras?

La fe en primer lugar: «*Alabado sea Dios que nos hizo el honor de venir a Él y nos ha puesto entre aquellos a quienes les llegó la doctrina abrahámica. ¡Él nos basta! ¡Qué excelente procurador es!*», narra el autor, que describe con todo tipo de detalles los lugares y momentos de su estancia en La Meca, entre el 13 de Rabi II (4 de agosto de 1183) y el 20 de Dhulhiyya del 579 de la Hégira (1 de abril de 1184). Como otro aliciente, el penoso viaje se veía retribuido por el orgullo y prestigio de llevar el título de *hayyi* (el que ha hecho la peregrinación, el peregrino musulmán por excelencia) y, en su caso, por la concesión de las valiosas *iyaza* (licencias para enseñar) de parte de los sabios maestros del Islam oriental. ¿No podía además añadirse para un personaje como Ibn Yubair, nativo de Valencia, descendiente de un linaje árabe –los Kinana, procedente de la región de La Meca–, el afán de buscar sus raíces, o bien la fascinación por el mundo del desierto y de las caravanas, tan latente en la poesía andalusí? ¿O quizá fuese un poco o mucho de todo eso y algo más?

Abu al-Husain Muhammad Ibn Ahmad Ibn Yubair al-Andalusi al-Balansi (el Valenciano), nacido en 1145, tiene 38 años cuando sale de Granada el 8 de shawwal del año 578 según la Hégira (el 3 de febrero de 1183). Se traslada a Ceuta, vía Tarifa, para embarcarse con destino a Alejandría en un barco genovés que pasará por Cerdeña, Sicilia y Creta. Se detiene en El Cairo ante los sepulcros de compañeros del Profeta, de imames y ascetas. Remonta el valle del Nilo hasta Qus y a lomos de un camello alcanza el puerto de 'Aydab desde donde atraviesa a bordo de una frágil embarcación el mar Rojo, hasta Yidda. Llega a principios de agosto del mismo año a su meta, la Ciudad Santa de La Meca, donde permanecerá casi nueve meses. Empieza el camino de vuelta, incorporándose a una inmensa caravana de peregrinos que se detiene en Medina, la ciudad-refugio del Profeta. Atraviesa los desiertos del Hiyaz y del Neyd en dirección a Bagdad pasando por las ciudades de Nayaf, Kufa y al-Hilla (cerca del sitio de la antigua Babilonia). En la capital abbasí, lo sorprende la decrepitud de su apariencia: «*es como los restos borrosos de un campamento o la imagen de un fantasma inerte*»; asimismo loa a su río, el Tigris «*que corre entre su parte oriental y su parte occidental, parecido a un pulido espejo entre los bordes de un marco o a un collar armoniosamente dispuesto entre dos senos*», y lamenta el carácter de sus habitantes: «*apenas se encuentra entre ellos quien no finja hipócritamente humildad y que no abandone su alma a la vanidad y el orgullo*».

Luego reinicia su camino por las fértiles tierras mesopotámicas «*a través de unos huertos y jardines cuya descripción resultaría insuficiente*» (Tikrit, Mosul, Nusaybin, Dunaysir, Ras al-'Ayn, Harrán, Alepo, Hama y Homs) hasta Siria. Damasco, donde permanece dos meses, le deslumbra: «*Paraíso del Oriente, lugar por donde aparece la belleza, elegante y esplendorosa*».

Se encamina al puerto de San Juan de Acre, ocupado por los cruzados, para navegar hacia Occidente. Emprende una penosa travesía de dos meses, con vientos contrarios, que se acaba con un naufragio en el estrecho de Messina, en Sicilia. Esperará tres meses y medio en la isla la llegada de vientos favorables para volver a su tierra de Alándalus. Allí será testigo de estas singularidades y portentos: *«La más hermosa de las ciudades (de Sicilia) es la sede de su rey (Guillermo II), los musulmanes la llaman al-Madina (la Ciudad) y los cristianos la conocen como Balarma (Palermo). En ella está la residencia de los musulmanes urbanos, tienen allí mezquitas, y los mercados que les están reservados en los arrabales son numerosos (...) La actitud de este rey es admirable en lo concerniente a la bondad de su conducta y al empleo de musulmanes (...) El tiene plena confianza en los musulmanes, confía en ellos sus negocios e importantes oficios, hasta el punto que su intendente (nazir) de su cocina es un hombre musulmán. Tiene una tropa de negros musulmanes bajo el mando de un jefe (qa'id) salido de entre ellos. Sus visires y chambelanes también son musulmanes (...) Una de las admirables condiciones que de él se cuentan es que lee y escribe el árabe (la lengua de los normandos era el francés) y que, según lo que nos manifestó uno de sus servidores privados, su fórmula de validación es: Alabado sea Dios, Señor de los Universos (Alhamdulillah Rabbil 'Alamin). En cuanto a las doncellas de honor y favoritas su palacio son todas musulmanas. Una de las cosas más extraordinarias que nos ha contado el sirviente susodicho – Yayha Ibn Fityan, el bordador, que borda con oro en el taller real (tiraz) –, es que si una franca cristiana es introducida en su palacio se vuelve musulmana, pues las mencionadas damas la convierten al Islam».*

Sin embargo, poco tiempo antes de embarcarse para retornar al terruño andalusí, Ibn Yubair experimentará una de las mayores emociones en su largo peregrinaje: *«Entre los incidentes más extraordinarios que hemos presenciado y que desgarran las almas de lástima y funden los corazones de piedad y compasión, fue que uno de los notables de esta ciudad (Palermo) envió, a un peregrino compañero nuestro, a su hijo, rogando que le aceptase una hija virgen, en edad juvenil que acababa de llegar a la pubertad – en estos términos –: si le gusta, que se case con ella, y si no le gusta que la case con quien gustase entre las gentes de su país. Él la llevaría consigo, pues ella consentía en separarse de su padre y de sus hermanos, por el deseo de librarse de este medio de tentación (fitna) y por el ansia de llegar a estar en país musulmán... Así, el hombre, al que se le había rogado la aceptación de aquello, adquirió la recompensa (celestial); le ayudamos a que aprovechase la ocasión de cumplir una buena acción en este mundo y en el otro. Quedamos estupefactos de una circunstancia que llevaba a un hombre a ceder de semejante forma una prenda tan apegada a su corazón, abandonarla en manos de quien la llevaría al Occidente, soportar su ausencia con resignación y sufrir añoranza y nostalgia por ella. Asimismo nosotros estábamos extrañamente turbados por la situación de la muchacha – Dios la proteja – y por su consentimiento en separarse de los suyos por amor al Islam y asirse de su “asidero más firme” – Dios poderoso y grande, la preserve y proteja, la familiarice con las costumbres de su nuevo entorno y reúna en ella sus beneficios, mediante su gracia».* Ibn Yubair desembarca, finalmente, en Cartagena y vuelve a su hogar granadino el 25 de abril de 1185.

Con un estilo a menudo conciso y algunos toques pomposos, alternando citas del Corán, jaculatorias y versos poéticos, Ibn Yubair nos ofrece un cuadro sugestivo y lleno

de colorido de las tierras atravesadas, pintando con minuciosidad asombrosa los paisajes, ciudades, pueblos y mercados recorridos, reconstituyendo el mosaico humano de las tierras del Oriente musulmán. Su descripción pormenorizada de las mezquitas, tumbas y otros monumentos representa una fuente de gran solvencia para arqueólogos e historiadores del arte. Su rocambolesco viaje no solamente tiene en vilo al lector sino que atestigua la inseguridad que imperaba en estas rutas marítimas y terrestres, así como la indefensión de los viajeros ante toda clase de piratas: aduaneros codiciosos de Alejandría, autoridades religiosas y políticas corruptas, comerciantes y marineros sin escrúpulos de todos los horizontes, tribus kurdas, árabes o sudanesas, prontas a asaltar las caravanas de peregrinos y hacerse con sus mercancías. La epopeya de Ibn Yubair constituye así uno de los más valiosos testimonios de cómo era el área mediterránea a finales del siglo XII, que acababa de experimentar grandes cambios, con el avance cristiano (los cruzados en Siria y Palestina, los normandos en Sicilia), la caída del Imperio Fatimí y la instauración del Sultanato Ayubí en Egipto bajo el incuestionable liderazgo de Salahuddín Ibn Ayub (1137-1193), el Saladino de los latinos, paladín del Islam y de la resistencia contra los francos.

Ibn Yubair nos da cuenta de las complejas relaciones entre los dos mundos — islámico y cristiano — que se miran de reojo, se enfrentan, hacen negocios y conviven, todo a la vez. Nos habla de barcos genoveses que llevan peregrinos musulmanes a sus lugares más santos, de prósperos pueblos cristianos en tierras del Islam y viceversa. Nos adentra, a través de su intensa experiencia, en las problemáticas religiosas entre la vasta *Umma*, la Comunidad de los Creyentes. Nos introduce en el sentir religioso de su tiempo, en su peregrinación por esas tierras de profetas, santos, grandes predicadores y ascetas. Confiado en la misión redentora de los Almohades, formado en el más puro academicismo de los malikíes andalusíes, este hombre de saber no desdeña, sin embargo, las manifestaciones más heterodoxas o populares de la Fe, como la visita a tumbas de santos y la asistencia a emocionantes sesiones místicas. Esta personalidad, no exenta de contradicciones, se ve reflejada cuando a su vuelta a Granada, donde goza de gran autoridad moral, se afirma a la vez como maestro de hadiz (la Tradición del Profeta) y del sufismo. Síntoma de su modestia y humildad (por ejemplo, no emplea en su narración la primera persona), llevará entonces una existencia apacible y discreta, apartado de la vida pública.

Cuatro años más tarde, después de la reconquista de Jerusalén por Saladino, vuelve a Oriente, sin que conste ninguna referencia de que hubiera reseñado algo a propósito de este otro viaje de dos años. A los 72 años, emprende su tercer y último viaje, pasando por La Meca, Jerusalén y Egipto. Muere en Alejandría el 29 de septiembre de 1217. Ocho meses después, en mayo de 1218, los cruzados francos establecerían una cabecera de puente en el delta del Nilo, desencadenando una nueva oleada de desolación y violencia que mantendría al mundo musulmán sumido en angustias interminables hasta fines del siglo XIV. Véase Celestino Schiaparelli: **Viaggio in Ispagna, Sicilia, Siria e Palestina, Mesopotamia, Arabia, Egitto, compiuto nel secolo XII**, Roma, 1906; R.H.C. Broadhurst: **The travels of Ibn Jubair**, Londres, 1952; Ibn Yubair: **Rihla**, ed. de W. Wright, 2ª edición, revisada por M.J. De Goeje, Leiden-

Londres, 1907; reeditada en Nueva York, 1973; J.N. Mattock: **Ibn Battuta's use of Ibn Yubair's Rihla**, en *Proceedings of the Ninth Congress of the Union Européenne des Arabisants et Islamisants* (Amsterdam 1-7 septiembre), Leiden, 1976, pp. 209-218.

Al-Magribí

En el siglo XIII se destaca el gran viajero y geógrafo Ibn Said al-Magribí (1208-1286) de Granada, cuyo *Kitab bast al-ard fi tulihá ua al-'ard* ("Libro sobre la extensión de la tierra a lo largo y a lo ancho") fue muy utilizada por autores posteriores como el historiador y geógrafo Abu al-Fada al-Ayubí (1273-1331). También es autor de una rihla llamada *An Nafha al-miskiyya fi s-sifarat almakkiyya* ("Suave exhalación de almizcle en la embajada mecana").

Ibn Battuta

El gran explorador Shamsuddín Abu Abdallah Muhammad Ibn Battuta at-Tanyí ("el Tangerino"), nació en Tánger el 25 de febrero de 1304 (17 de rayab de 703 H.) y murió cerca de Fez, Marruecos, en 1368/9 (770 H.) o en 1377 (779 H.).

El 13 de junio de 1325 (2 de rayab de 725 H.), a la edad de veintidós años partió por primera vez hacia La Meca con el firme propósito de cumplir con la peregrinación preceptiva en el Islam. Visita el Norte de África, Egipto, Palestina, Siria, Arabia (La Meca), Irak, Irán y retorna a La Meca, donde reside por espacio de tres años (1327-1330). En su segundo viaje pasa por Yemen, Adén y la costa oriental africana. Desde allí regresa por Omán y el Golfo Pérsico cumpliendo una tercera peregrinación a La Meca en 1332. En su tercer viaje cruza por Egipto, Siria, Rusia y Constantinopla. Luego vuelve a través del interior ruso y sale a Afganistán para llegar al valle del Indo. En la India reside casi diez años (hasta 1342), y uno y medio en las remotas Islas Maldivas donde ejerció como juez islámico (Cadí).

Su derrotero en el Lejano Oriente comienza en la isla de Ceilán (hoy Sri Lanka), y sigue por Bengala, Assam, Sumatra, China (1347), cumpliendo una cuarta y última peregrinación a La Meca (1348), y retornando a Fez (1349). Más tarde, viajará a al-Ándalus (1350) y a Malí (1352). Sus escritos describen la fascinación que lo embargó al descubrir la capital del reino nazarí: «*Después continué la marcha hacia Granada, capital del país de al-Ándalus, novia de sus ciudades. Sus alrededores no tienen igual entre las comarcas de la tierra toda, abarcando una extensión de cuarenta millas, cruzada por el famoso río Genil y por otros muchos cauces más. Huertos, jardines, pastos, quintas y viñas abrazan a la ciudad por todas partes...*» (Ibn Battuta: **A través del Islam**, Alianza, Madrid, 1988, pp. 761-763).

En Siwilmasa (Marruecos), la ciudad de oro, Ibn Battuta encontró, bien es verdad que con alguna extrañeza por su parte, a uno de sus compatriotas de Ceuta, el alfaquí al-Bushrí, a cuyo hermano había conocido en China. El Islam de esta época abunda en desarraigados de todo género que la hospitalidad musulmana acoge, desde el Atlántico al Pacífico, sin desertar en ningún momento de esta tarea. Ibn Battuta es el viajero y explorador más extraordinario de la historia de la humanidad. Sus viajes entre 1325 y 1354 (29 años), realizados en una época donde no existían medios rápidos y seguros de

transporte, abarcaron 44 países modernos y totalizaron alrededor de ciento diecisiete mil kilómetros, o sea tres veces superior a la distancia cubierta por su predecesor europeo, el veneciano Marco Polo (1254-1324), cuyo libro de viajes fue en realidad escrito por el amanuense Rustichello de Pisa (Marco Polo: **Libro de las Maravillas**, Ediciones B, Barcelona, 1997).

El título original en árabe de su Rihla o Libro de Viajes es *Tuhfat al-nuzzar fi faraid al-amsar ua ayaib al-asfar*, es decir « *Regalo a los observadores, sobre las singularidades de los lugares y las maravillas que ofrecen los viajes*». Ibn Battuta fue conocido en los países del Oriente por el nombre de Shamsuddín, que significa el “Sol de la Fe”. Por disposición del sultán marín de la época, Ibn Yuzayy, un escribano andalusí, vertió en bella prosa las memorias de Ibn Battuta conformando la obra citada.

Si los cineastas de Hollywood quisieran aceptar la historia real, y se informaran sobre las vidas de Ibn Battuta o Ibn Yubair, no tendrían nada que inventar para filmar las películas más extraordinarias y taquilleras.

Véase para ampliar:

Abercrombie, Thomas J.: **Ibn Battuta. Prince of Travelers**, National Geographic magazine, Washington, Diciembre 1991, pp. 2-49).

Dunn, Ross E. **The Adventures of Ibn Battuta: A Muslim Traveller of the 14th century**, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1986.

Harridun, Said y King, Noël: **Ibn Battuta in Black Africa**, Rex Collings, Londres, 1975.

Henning, Richard: **Ibn Battuta's Weltreise**, Terrae Incognitae, Leiden 1923.

Owen, Roderic: **The Great Explorers. Ibn Battuta**, Orion Publishing Group, Londres, 1995, pp. 30-33.

Rumford, James: **Traveling Man: The Journey of Ibn Battuta 1325-1354**, Houghton Mifflin, Boston, 2001

León el Africano

León el Africano, al-Hasan al-Wazzan, Juan León de Médicis, o bien Juan León el Granadino... ¿Cuál es el verdadero nombre de este escritor que sigue fascinando a sus lectores desde hace cinco siglos? ¿Es este hombre una creación fantástica, al que se atribuyen más de mil quinientas páginas manuscritas, llenas de enseñanza y sabiduría? ¿Existió realmente este personaje que viajó por diversos continentes a pie, a lomos de camello, a bordo de naves como cáscaras de nuez, cubriendo unos cuarenta mil kilómetros –la vuelta al mundo– en el espacio de doce años, con los medios del siglo XVI? ¿Qué pensar de quién decía que era hijo adoptivo de un Papa e interlocutor de numerosos sultanes de la ribera mediterránea, incluido el gran Selim de Estambul?

Y, ¿qué de un hombre que se destacó como diplomático, que se desenvolvió bien como mercader y que sobrevivió a los más altos peligros? Caben las dudas y es comprensible. Pero no resisten a las numerosas pruebas aparecidas en este siglo que demuestran la existencia del granadino al-Hasan al-Wazzan, que se convirtió en Juan

León de Médicis por algunos años, y que se llamó a sí mismo “Africano” y “Granadino”. Su llegada a Roma causó sensación, lo que se desprende, por ejemplo, de la correspondencia diplomática de los venecianos. Pero comencemos por la fuente más importante, su *Cosmographia et Geographia de Affrica*, cuya versión impresa se tituló “Descripción de África”. Su prestigio le valió treinta y tres ediciones en ocho idiomas desde 1550, es decir, una nueva edición cada quince años como media. Esto supera al resto de viajeros escritores, ya fueran musulmanes o cristianos, antiguos o modernos.

Fue el primero, y hasta el siglo XIX el único, que abriera a los ojos europeos el interior del África. Produjo el único informe detallado sobre los reinos magrebíes en la época en que estuvieron sometidos a portugueses y españoles. No existen documentos comparables en relación con este período, ni siquiera en las bibliotecas de Fez o de Túnez. Otro aspecto desde todo punto de vista fascinante es el siguiente: este *faqih* — doctor en derecho y en teología islámica — dirigió sus escritos a los europeos. Si los hubiese formulado para los habitantes de Fez, no hubiera sin duda descrito las escuelas, los mercados, la vida popular de esta ciudad de Marruecos.

El nombre de León el Africano, o más correctamente el de Joannes Leo de Medicis, la forma oficial, sólo le corresponde durante los años de Italia. Durante los otros períodos sería al-Hasan Ibn Muhammad Ibn Ahmad al-Wazzan, nombres que alternaría por los sobrenombres de al-Fassi (el hombre de Fez) o de al-Gharnati (el de Granada).

Él ironizaba sobre esto: «*Si se habla mal de los Africanos, entonces diré que he nacido en Granada y no en África. Y si es a mi país natal al que oigo criticar, alegaré en mi favor que he sido educado en África y no en Granada, que ni siquiera recuerdo*».

¿Por qué se dará entonces el nombre de Africano en su *Cosmographia*? Durante mucho tiempo se tomó este nombre por un alias peyorativo. Totalmente falso. Africano es una emanación de orgullo. Juan León, que emplea con frecuencia el término, no lo utiliza casi nunca para indicar que proviene del continente negro, sino para designar la población autóctona de África del Norte, los Beréberes. Esto se corresponde con el hecho de que el nombre de familia al-Wazzan sea un signo de origen Zenata, ese gran pueblo de las estepas del este marroquí y el oeste argelino. De allí procedía la dinastía de los Beni Wattas, que reinaba en Fez en la época. Es éste el único hecho que permite explicar el dignísimo recibimiento que se dispensa en la corte de Fez a estos inmigrantes, los al-Wazzan, que en 1496, tres años más tarde de la partida de Boabdil — último rey musulmán de Granada — tomaran el mismo camino. Ésta no fue sino la primera de una larga serie de partidas. Desde la más tierna infancia de Hasan (parece que éste nació hacia 1495), su padre hizo que le acompañara en sus viajes de negocios y en los peregrinajes entre el Rif y el Medio Atlas. De este modo se convirtió en el candidato ideal para oficiar como paje de dos hijos de un sheij del sur marroquí, que éste envió a La Meca para mostrar el prestigio y las aspiraciones políticas de su casa. De ésta emergería más tarde la dinastía saadí del reino de Fez. Los tres niños, compañeros de clase, apenas tenían entre diez y doce años. Partieron probablemente en 1506, para regresar dieciocho meses más tarde, después de haber visitados los santos lugares del Islam, las cortes reales y las universidades de renombre en el camino de Tlemecén a

Damasco, entre ellas las de los Mamelucos Buryíes de Egipto.

Aún suponiendo que iban bien protegidos, equipados abundantemente y que siempre fueron bien acogidos, se ha de admitir que este viaje de diez mil kilómetros estaba colmado de riesgos y fatigas. A su regreso, dado el amplio bagaje espiritual y la experiencia que había acumulado, al-Hasan fue integrado al cortejo del sultán de Fez. Con éste tomó parte en su primera campaña militar frente Arzila (fue conquistada junto con Tánger por Alfonso V el Africano (1432-1481), rey de Portugal (1438-1481), en 1475), en la costa atlántica, donde el señor de Fez intenta con enorme esfuerzo expulsar de su territorio a los portugueses. El fracaso de la operación y el sufrimiento desmedido de los hombres hicieron comprender al joven adolescente que el poder de la violencia de las armas tenía un alcance muy limitado, que tenía mucho más valor el uso de la palabra y la astucia. Es en esta “escuela” donde aprendió a superar los obstáculos que le depararía el futuro. Cuando el tío de al-Hasan, embajador del sultán de Fez, tuvo que llevar a cabo una misión ante el sultán de los Songhai del Níger, el joven al-Hasan tuvo la ocasión de acompañarle. Los diplomáticos se unieron a una caravana de mercaderes que partía hacia Tombuctú después de las lluvias de otoño de 1510. Al-Hasan conoció los castillos de los señores del Atlas, la frugal acogida de los príncipes nómadas y la opulencia de las ciudades a orillas del Níger. La travesía del Sahara –dos mil kilómetros en seis semanas– se hizo a pie, junto a los camellos cargados de mercancías y los caballos víctimas del calor. Sólo los hombres más notables tenían derecho a montar sobre una silla de vez en cuando. Esta estancia en el África Negra no duró más de un mes, el tiempo justo para comprar y vender, pues era necesario regresar antes de la sequía de los meses de calor.

Fue ésta la iniciación de al-Hasan en el arte del comercio trans-sahariano del que hace un bosquejo detallado y preciso. Dos años más tarde, al-Hasan tomó el mismo camino, esta vez para llevar a cabo una misión personalmente. Partió con la intención de explorar en su totalidad la vertiente meridional del Sahara. El reino de Fez había perdido todos sus puertos a manos de los portugueses y españoles, y la ruta de Egipto, desde donde llegaban las riquezas de la India, estaba cada vez más amenazada por los turcos otomanos. Había que encontrar entonces nuevas salidas hacia el océano Índico, y nuevos mercados que permitieran salir del aislamiento. Al-Hasan llega a Tombuctú a principios de 1512, se dirige enseguida hacia el país Haussa cuyos mercados estaban hasta entonces controlados por los mercaderes del Magreb central. Tanto por su constitución física, como por estar facultado como *faqih*, le fue posible alcanzar el Nilo, remontar el río hasta el Mediterráneo, y regresar sano y salvo a Fez. Más de diez mil kilómetros en año y medio, una media de veinte kilómetros al día. Aquellos que alimentan la duda sobre estos hechos, enumeran los errores de al-Hasan de los que el más sorprendente es el haber escrito que el Níger corre de este a oeste. Sin embargo, el comentarista más escéptico ha de admitir que la gran mayoría de sus informaciones son convincentes por su precisión y coherencia, y sobre todo por la correspondencia entre lo que se ve sobre el terreno y lo que deduce de fuentes orales y arqueológicas. De vuelta a casa, al-Hasan no puede apenas descansar. La invasión de los ejércitos cristianos ibéricos parece inmanente y las tribus de la montaña ya no respetan al sultán. Ante esta

situación desesperada, el rey de Fez envía a uno de sus más experimentados diplomáticos a Estambul para intentar una alianza con los otomanos que iban de victoria en victoria. Sigue la estela de su sultán, Selim I (1467-1520), llamado Yavuz (“el Severo”), durante dos años y muy probablemente presencia las victoriosas batallas de las armas otomanas en Chaldirán contra los persas safávidas, y en Marw Dabik (1516), Jan Yunus (1516) y al-Reidaniyya (1517) contra los mamelucos tardíos de Egipto. No sabemos nada acerca del trabajo de al-Hasan. Todo nos hace suponer que no consiguió la promesa de una asistencia militar. Por último tomó un barco cristiano que iba hacia el oeste. Pero éste cayó en manos del corsario y caballero de la orden de San Juan, Pedro de Bobadilla, que entrega a su prisionero al Papa León X (1475-1521; papa entre 1513-1521) a fines de octubre de 1518.

Un año más tarde, el interés de los romanos llegó a su punto más alto cuando el Papa bautiza al extranjero concediéndole sus propios apellidos, incluso el de la dinastía de los Médicis. El que Hasan fuese llamado Giovanni Leone de Medici era equivalente a una adopción. El beréber de Granada se convirtió en hijo del jefe espiritual de la gran mayoría de la cristiandad. Juan León no dice, evidentemente, ni una palabra al respecto, pero todo nos lleva a pensar –sobre todo su posterior regreso al Islam– que su conversión no fue sino un medio para escapar de su prisión en el castillo de Sant’Angelo. Cuando muere el Papa, dos años más tarde, sus dos hijos adoptivos –el otro era un judío alemán, virtuoso del laúd, de nombre Giovanni Maria de Medici– fueron expulsados del Vaticano al asumir el pontificado Adriano VI (1459-1523, papa holandés entre 1522-1523). Esta situación hace que Juan León se vea obligado a escribir, a ganarse la vida difundiendo lo que tenía que contar sobre África, de la que los europeos no conocían sino sus costas. Además de este trabajo, hay que tener en cuenta el volumen de su producción literaria: más de mil quinientas páginas manuscritas en cuatro años. Tenía otra serie de proyectos, que se habrían llevado a cabo de no ser por la invasión del ejército de Carlos V que saqueó Roma en el mes de mayo de 1527 y apresó al Papa Clemente VII (1478-1534, papa entre 1523-1534), otro integrante de la familia de los Médicis.

Juan León consigue huir y aprovecha la ocasión para regresar a África. Se instala en Túnez donde de nuevo abraza el Islam. Desgraciadamente, en Túnez no hay ni rastro de este último período. Sabemos esto por un testigo europeo que quiso hacerle una visita. En 1534 y 1535 la ciudad Africana fue escena de violentos combates entre ejércitos españoles que querían conquistarla para el Cristianismo y fuerzas turcas que trataban de conservarla en el seno del Islam. La ciudad fue tomada por el emperador Carlos V el 21 de julio de 1535 –Túnez sería liberada por el gobernador otomano de Argelia y experimentado comandante naval Kiliç Ali Pashá en 1570. Sin embargo, el enclave sería otra vez ocupado por fuerzas españolas comandadas por don Juan de Austria (1545-1578) en el invierno boreal de 1573. Los invasores serían definitivamente desalojados por los otomanos a principios de 1574 –. Sólo sobrevivió la mitad de la población, y parece ser que al-Hasan se encontraba entre las víctimas. No hemos vuelto a tener noticias de él desde el año 1532. Refiriéndose a sus épicos itinerarios, el gran escritor irlandés William Butler Yeats (1865-1939), dice: «*No dudes, empero, de que León el Africano,*

León el viajero, también era yo».

Véase para ampliar: Juan León Africano, Juan León: **Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay**, Traducción, introducción, notas e índices Serafín Fanjul, El Legado Andalusi, Granada, 1995; Amin Maalouf: **Leon l'Áfrican**, Jean-Claude Lattès, París, 1986: versión castellanas como **León el Africano**, Alianza, Madrid, 1991 (1ª edición), 1998 (19ª reimpresión); y **León el Africano**, Altaya, Barcelona, 1996; Oumelbanine Zhiri: **L'Afrique au miroir de l'Europe: Fortunes de Jean Léon l'African à la Renaissance**, Librairie Droz, Ginebra, 1991; Dietrich Rauchenberger: **Jean-Leon L'Africain/Hasan Al-Wazzan. Un manuscrit et des données complétant la partie italienne de sa biographie**, Université Mohammed V, Rabat, 1997, con título en alemán **Johannes Leo der Afrikaner. Seine Beschreibung des Raumes zwischen Nil und Niger nach dem Urtext** (Juan León el Africano. Su descripción de las regiones entre el Nilo y el Níger según el texto original), Harrassowitz-Verlag, Wiesbaden (Alemania), 2000.

At-Tamgrutí

El magrebí At-Tamgrutí (muerto en 1595 en Marrakesh), compondría una rihla titulada *An nafahat al-miskiyya fi s-sifarat at-turkiyya* ("Suaves exhalaciones de almizcle en la embajada turca"), tras ser enviado por el sultán de Marruecos en embajada a la corte del sultán otomano Murad III.

Las últimas rihalat

Después de al-Tiyani, Ibn Battuta y Abu l-Baqa Jalid al-Balawi (siglo XIV), la *rihla* sufrirá una pronunciada declinación. Reaparecerá con el magrebí al-Tamgrutí (muerto en 1595 en Marrakesh), que compondrá una *rihla* titulada *An nafahat al-miskiyya fi s-sifarat at-turkiyya* (Suaves exhalaciones de almizcle en la embajada turca), tras ser enviado por el sultán de Marruecos en embajada a la corte del sultán otomano Murat III. Será, sin embargo, la *rihla* de otro magrebí, llamado al-'Ayyasi (1628-1679) la que resucitará el género y servirá de modelo hasta el siglo XX.

Véase Barnaby Rogerson: **A Traveller's History of North África**, Interlink Books, 1998.

Amín al-Rihāni

Amín al-Rihāni (1876-1940) nació en al-Freyke, una pequeña aldea a unos 20 kilómetros al norte de Beirut (Líbano). Su familia, de origen maronita, que pronuncia el apellido original «al-Rayhāni» como al-Rihāni, emigra a EE.UU., en 1898 y se instala en Nueva York. Ávido lector, interesado en la poesía árabe clásica, el joven Amín traduce al inglés las *Luzumiyyat* de al-Ma'arri (ver aparte) en 1903 con el título *The Quatrains of Abu-l-'Ala*. En 1908 vuelve a su tierra natal y se reencuentra con sus raíces culturales. Luego viaja a París y Londres. En 1922 inicia su gran periplo por España que permitirá la composición de sus *rihalat* tituladas *Al-Magrib Al-Aqsa* y *Nur Al-Andalus*. De allí pasará Bombay (India) y a Irak, regresando a Beirut al año siguiente luego de atravesar

el desierto sirio. Desde el Líbano comienza otro viaje, hacia el Hiyaz, y a su retorno visita Palestina, y en 1932 nuevamente el Irak, donde se refugia en 1933 tras ser expulsado por las autoridades francesas ocupantes. Ya por entonces, Amín al-Rihāni, no sólo era un reconocido periodista y pensador, ideólogo reformista pionero inicial del nacionalismo árabe, sino que además hacía gala de una rica cosmovisión musulmana producto de su progresivo descubrimiento del pensamiento y civilización del Islam. Esto lo explica su biógrafa y traductora, la eximia arabista e islamóloga de la Universidad Autónoma de Madrid, la Dra. Carmen Ruiz Bravo-Villasante: «Él, árabe cristiano, presenta al mundo árabe, y concretamente Palestina, como algo unitario, en religión – islámica – y etnia.. Que Amín al-Rihani se encontraba muy cerca del Islam, ya lo señaló Jean Fontaine; a él le ocurría lo mismo que a muchos intelectuales árabes cristianos, o incluso no creyentes, que reconocen en el Islam un marco cultural y espiritual con el cual se identifican en gran medida y desde luego en mayor medida de lo que hacen con un cristianismo “occidental” burocrático y aliado de la colonización» (Carmen Ruiz Bravo-Villasante: **Un testigo árabe del siglo XX: Amín al-Rihāni en Marruecos y España, 1939**, I. Introducción-Estudio, Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales de la U.A.M., Proyecto Mahwar/Al-Andalus, Editorial Cantarabia, Madrid, 1993, pp. LXXX-LXXXI). Dentro de la cosmovisión *nahdí* (renacentista) que lo guía y motiva, Al-Rihāni recrea en su *rihla* andalusí un hipotético encuentro con el médico-filósofo hispanomusulmán Averroes durante su estancia en Córdoba, a través del que intenta explicar la decadencia del mundo árabe-islámico (**Un testigo árabe del siglo XX: Amín al-Rihāni en Marruecos y España, 1939**, II. Traducción de Al-Magrib Al-Aqsa y Nur Al-Andalus, traducción de Carmen Ruiz Bravo-Villasante, Editorial Cantarabia, Madrid, 1993, pp. 651-657).

Se recomienda la siguiente bibliografía general sobre los viajeros musulmanes: Sir T.W. Arnolds T.W.: “Arab Travellers and Merchants, 1000-1500 A.D”, en A.P. Newton A.P. (ed.): *Travels and Travellers of the Middle Ages*, Londres, 1926; P.G. Donini: **Arab Travellers and Geographers**, IMMEL Publishing, Londres, s/f; Blache Trapier: **Les Voyageurs Arabes au Moyen Age**, Gallimard, París, 1937; Francesco Gabrieli: **Viaggi e viaggiatori arabi**, Sansoni, Firenze, 1975; James P. Piscatori: (ed.): **Muslim Travellers. Pilgrimage, Migration and the Religious Imagination**, University of California Press/Routledge, Londres, 1990.

Del libro CIVILIZACION DEL ISLAM
Edición Elhame Shargh
Fundación Cultural Oriente

Todos derechos reservados.
Se permite copiar citando la referencia.
www.islamoriente.com
Fundación Cultural Oriente